

# ESCRITO EN PÁGINA BLANCA

Jorge Etcheverry



Edición dirigida por Gabriela Etcheverry



© 2012, por Qantati eBooks

[www.revistaqantati.com](http://www.revistaqantati.com)

Qantati eBooks

15 Kippewa Dr.

K1S 3G3

Ottawa, Canadá

Etcheverry, Gabriela (Dir. de edición)

Jorge Etcheverry: Escrito en página blanca

eISBN: 978-0-9810749-9-3

Cuadro de la portada: Jorge Etcheverry

Diseño: Jillian Lim

Maquetación: Jillian Lim

Jorge Etcheverry

# ESCRITO EN PÁGINA BLANCA

Edición dirigida por Gabriela Etcheverry



Ottawa, Canadá

## CONTENIDO

<a href="#"><u>A manera de prólogo</u></a> .....	3
<a href="#"><u>Escrito en página blanca</u></a> .....	5
<a href="#"><u>Un café para Platón (título de la canción homónima)</u></a> .....	10
<a href="#"><u>De aquí y allá</u></a> .....	14
<a href="#"><u>The White Knight</u></a> .....	19
<a href="#"><u>Asiento y conversación gratis</u></a> .....	28
<a href="#"><u>Una visita</u></a> .....	33
<a href="#"><u>Camas paralelas</u></a> .....	37
<a href="#"><u>Hombres y arañas</u></a> .....	43
<a href="#"><u>Que diez años no es nada</u></a> .....	56
<a href="#"><u>Te conozco mosco</u></a> .....	77
<a href="#"><u>El abuelo Leo (que en paz descanse)</u></a> .....	87
<a href="#"><u>Calle con gaviotas</u></a> .....	96
<a href="#"><u>En eso andábamos</u></a> .....	100
<a href="#"><u>Sueño con guaracha</u></a> .....	110

## **A manera de prólogo**

Esta es una colección de cuentos con temáticas relativas al golpe de estado de Chile de 1973, la posterior venida a Canadá. Por ende se trata de la experiencia del exilio, el desarraigo, la aculturación, etc. En su mayoría estos textos han sido publicados y en esos casos y al final del cuento se dan los datos de la publicación y el tipo de la misma. Esta compilación personal, que no agrupa por cierto la totalidad de los cuentos publicados o escritos en este período, tiene un carácter de registro vivencial: la escritura como baba que secreta una babosa o un caracol y que se va solidificando y generando diseños a la vez muy particulares y muy universales, cuya validez depende de su lectura. Es decir de la mezcla de un alto porcentaje de la identificación de elementos comunes y reconocibles de una realidad o experiencia, y de otra identificación, esta vez con las peripecias de narradores, voces o personajes que deambulan en los ámbitos desplegados. Por otro lado no puede faltar el elemento inesperado, lo extraño, lo que alguna vez se llamó ‘distanciamiento’, que en realidad es lo que abre un texto a la dimensión de imprevisibilidad, incertidumbre y variedad que constituye tanto la anécdota narrativa o poética como la vital. La literatura chilena del exilio en diversas partes del mundo produjo múltiples productos temáticamente análogos cuya difusión y adopción canónica dependieron básicamente de sus circunstancias de difusión y publicación específicas y del contexto de su producción y recepción. La inserción en las redes de difusión y lectura mundiales de los autores chilenos exilados en Canadá dependió de su situación individual en el seno de redes de publicación, circulación y crítica, dando por supuesto el cumplimiento de los textos de los niveles de escritura contemporáneos, bastante exigentes en décadas pasadas. Así, el destino de estos textos particulares que se reúnen en este libro virtual tiene otra oportunidad para realizarse—y

reciclarse—en la lectura frente a un público virtual potencialmente más amplio. Pero además pueden llegar a tener cierto interés para contribuir a establecer—si en alguna parte hay interés para hacerlo—el registro de la literatura del exilio chileno en Canadá.

## ESCRITO EN PÁGINA BLANCA\*

Como la vi, hará cosa de tres años, en una concentración, como se veía a veces. Las filas raleaban a la espalda porque la noche se dejaba ir cansada, como nosotros, que habíamos caminado toda la tarde. Nos dejábamos ir, lacios, por la Alameda, fumando, haciendo grupos chicos, mientras los pelusas hacían fogatas o corrían de aquí para allá.

Estuvo mejor que la otra vez. Yo calculo unas cinco lucas—decía el flaco—Yo no tenía cabeza—ni pies—para sacar ningún tipo de cuentas. Los primeros autos empezaban a pasar. Y ella atrás, hablando, rodeada de tipos, no porque fuera una galla fresca, sino porque era lo natural. En el teatro, sentados en medio de banderas, de palos, de lienzos y cascos, apretados como sardinas, con el cojito al medio, me había pedido la colilla para echar una piteada. Y a lo mejor era una idea mía—se había demorado uno de sus dedos en los míos como en un reconocimiento—: “Estoy aquí. Está buena la cosa”, mientras todos comenzaban a aplaudir. Entonces miraba para abajo, hacia la

platea, y veía a los poblachos, todos ordenaditos, y a los campechas, tiesos, soportando sus enormes rastrillos, palas y chuzos, y el flaco que vociferaba al medio, pero no se le oía nada, con toda la bulla.

No es que tuviera las manos lindas. Todo lo contrario. Eran unas manos que parecían de otra persona. Anchitas, fuertes, y con unos dedos romos, como si se los hubieran aplastado contra una mesa. Y con todas las uñas comidas. El partido se había llenado de niñas que parecían lolas sacadas de Providencia y colocadas de repente, por arte de birlibirloque en las reuniones, en los grupos de rayado. Es que todavía no me había hecho la idea. Nosotros, los treintones que vimos con un asombro del que todavía no salimos cómo los partidos de izquierda se llenaban de cabritas jai, de empleados de banco, de señoras maduras, nos sentíamos como frente a un sueño. Si nos parecía que había que sentarse en la vereda a mirar cómo pasaba marchando el socialismo.

Yo la conocía hacía varios años. La había visto y no le había tomado el asunto—una cabra flaquita de ojos claros, medio pailona. Incluso cuando empezó a trabajar con nosotros como que no le tomé todavía mucho asunto. Le dije a Carlos “Así que ésta es tu nueva conquista. Vamos a ver cuánto nos dura”. Porque para otras niñas estar con nosotros era la choreza. Me topaba con ella en cada cosa que se hacía. Además fumaba



cigarros sin filtro, que eran los que a mí me gustan. Que yo esté diciendo estas cosas no significa que hubiera pasado nada entre nosotros. Nunca hablamos nada que tuviera esa intención. No se me hubiera pasado nunca por la cabeza ni a mí, ni supongo que a ella. Supongo que el Carlos estará en alguna parte del mundo ahora, teniendo que vérselas con otro idioma, tratando de no perderse, ganándose el puchero y manteniéndose al día, para que la imagen de la cosa no se le vaya desdibujando de a poco. No el conocimiento—yo entiendo perfectamente lo que pasa en Sudáfrica—, sino la sustancia de las cosas; cómo calentaba el sol en la mañana, cómo eran las marraquetas y lo llenas que andaban las micros. Y cómo lo cortaron todo, cómo dibujaron de nuevo el país con sangre. Pero no nos vayamos del tema. No era muy brillante para la cosa. Se pasaba horas haciendo unos panfletos que daban pena. Escribía montones de páginas con una letra de imprenta chica, dificultosa, y luego tijereteaba y juntaba los mejores renglones, y al final, a última hora tenía que ponerme yo con una página hecha a la diablo.

Fue después de esa marcha cuando empezó a ponerse negra la cosa, cuando mataron al compañero—el primero—en la calle San Martín. Fue en el velorio, donde los compañeros estaban como transfigurados, que ella se me acercó un momento, toda llorosa, y se me apoyó un ratito en el brazo.

Desde entonces hasta que nos perdimos, andábamos juntos en todas las paradas. Como yo no manejaba ni para los cigarros, ella se ponía con los lucky y no faltaba la ocasión en que me invitaba a cualquier boliche, de pasada, a comerme un completo o unas empanadas de queso. Y a veces, hasta una cerveza. Después de la cosa grande, traté de ubicarla. No podía circular mucho. Yo mismo andaba medio fondeado, pero un día me avisaron por teléfono que me cuidara, que ella había caído y que le estaban dando muy mala vida. Esa noche había soñado que andábamos juntos, después de una concentración, por una calle ancha, larga. Yo andaba vestido de negro. De repente llegamos a un ascensor, de esos con puerta de reja, como había en Chile. Ella se subió y se cerró la reja. Yo me quedé abajo y ella subía y subía. Yo me quedé en la casa, total, no tenía donde fondearme y estaba la familia, esperando, eso sí, y cagándome de susto cuando paraba un auto cerca. Luego la cosa comenzó a aflojar, y un día me la encontré. Yo no me atrevía a preguntar, pero pregunté y sentí que me ponía rojo. “Trágame tierra”, pensé. “Sí”, me dijo “ando con lesiones internas”.

Después me la encontré en una oficina—no viene al caso decir dónde o por qué—. No pudimos hablar. Estaba lleno de gente conocida. Cuando se fue me pasó la mano por la espalda, como si hubiera sido yo, y no ella, como reconfortándome a

mí. Chao, me dijo. Fue la penúltima vez que la vi. La última fue cuando entré al boliche ese que podía describir con lujo de detalles, si me lo piden. Estaba sentada en una mesa, con un amigo común, un tipo barbón, gordo, de ojos lacrimosos y que hacía poemas. Se veía flaquita, joven, como si nada—o a lo mejor era el verano—. Yo le pregunté si quería irse—ustedes entienden—. Entonces se pararon dos tipos jóvenes, bien vestidos, que estaban en la mesa del lado y le c ron “¿Se acuerda de nosotros compañera?” Ella asintió con un movimiento de cabeza. Yo le pregunté de nuevo y se encogió de hombros y me dijo “Tai loco”. Yo me levanté y me fui. Me acuerdo de una cosa. Los tipos no me dieron buena impresión. Incluso a veces ahora me acuerdo. Pero no lo voy a saber nunca. Lo segundo. Ella parecía un poco achunchada. Como que tenía un poco de vergüenza. Ojalá me equivoque.

Luego las cosas se pusieron feas de nuevo y me vine, para saber aquí que había vuelto a caer.

\* Publicado en *Cruzando la cordillera. El cuento chileno 1973–1983*, Juan Armando Epple, Secretaría de Educación Pública/Casa de Chile en México, 1986, México, D.F.

\* Vol. 3, No 1, pp. 13–14, de *Literatura Chilena en el Exilio*, 1979 Versión en inglés en *Canadian Fiction Magazine*, N 36–37, 1980

## UN CAFÉ PARA PLATÓN (TÍTULO DE LA CANCIÓN HOMÓNIMA)\*

Ella lo andaba buscando para pedirle los apuntes de Antigua y no lo podía encontrar por ninguna parte. Como yo andaba siempre dando vueltas, para ver si podía pinchar conversa, aunque menos que antes, claro, o algún pucho, tenía que ser a mí “¿Hai visto al Lucho?”—Por ahí debe de andar, bolceando plata para la micro. O tomando café, en la cafetería o sinó en Los Cisnes. Y seguramente ahí estaría el flaco, con su chaquetón azul manchado, llenando la mesa de ceniza, revolviendo el café medio helado en que la cuchara se llegaba a parar del azúcar que le echaba. Esa minita me gustaba mucho. Apenas le eché el ojo me le senté al lado y como llevaba varios años en la escuela me las arreglé para hacérmele el indispensable. Le prestaba libros y le explicaba los apuntes que ella sacaba hasta de los bostezos del profesor con una letra redonda de cabrita chica. Hasta que salió para mal de mis pecados el flaco Lucho y se me fue todo a la cresta. Ni siquiera fue él el que la habló. Estaba sentado en un banco y fue ella la que pasó y le preguntó algo, andaba como siempre confundida a muerte por

los detalles de horarios y salas, seguramente que lo había visto por ahí, porque el flaco era como del inventario de la escuela, como los bancos y los árboles. Y le metió una cháchara como las que yo le conocía y la cabrita se olvidó de la clase. No es que le tenga pica al flaco. Casi nunca termina los cursos que toma y cuando habla en clase los demás tiran a reírse casi siempre. Porque es imposible enojarse con el flaco aunque te saludara el día de mañana sacándote la madre. Y él no se daba cuenta de lo agarrada que andaba la cabrita, y ves que ella lo pillaba era empezar a hablar las locuras de siempre durante horas, y la cabra lo miraba con tamaños ojos y los que mirábamos nos imaginábamos los tremendos esfuerzos que hacía por llevarlo a terreno.

Y nunca fue un gallo muy metido en la cosa, era más bien un gallo pacifista, que no le gustaban las roscas y que siempre me pareció medio ingenuo políticamente, creía que bastaba que la gente se pusiera de acuerdo para que todos se tomaran de la mano corno en las rondas de la Gabriela Mistral. A mí ella me gustaba mucho porque no era como la mayoría de las cabras del peda. No se arreglaba y no se daba humos, aunque le daba cancha tiro y lado a cualquier minita de inglés. Como a casi todos, me gustaba conversar y sobre todo discutir con él para pasar el rato, hasta que se le ocurría sacar a Platón a la palestra y ahí ni el diablo ni los cuatro jinetes lo hacían callar. Pero nunca lo consideré mi amigo, ni se me pasó por la mente.

Incluso, cuando todos nos teníamos que hacer los huevones y modernos la lengua, el flaco, que seguía con las mismas viejas ondas y hablando con medio mundo, se empezó a poner medio sospechosón. Algunos comenzaban a evitarlo, pero yo lo conocía de antes: Si un soplón conversara medio minuto con él se volvería loco. Después del golpe había seguido de acá para allá caminando, conversando, mientras nosotros nos poníamos pálidos cuando teníamos que mostrar la credencial cada mañana, no nos atrevíamos a saludarnos y medíamos con regla cada palabra que colocábamos en los controles. Los primeros días de la vuelta a la escuela se paseaba más rápido que de costumbre y fumaba como chimenea. En las clases decía cada cosa que muchos pensamos que había enloquecido definitivamente. Después de los primeros meses no hablaba, y cuando lo llegaba a hacer, el Platón desaparecía de la conversación y se anidaba en diversos formatos en el bolsillo del vestón. O al lado del café en la mesa, con las puntas dobladas. Se quedaba mirando hacia adelante mientras el café se enfriaba, o lo revolvía con concentración, interminablemente. Nosotros, que a esa altura teníamos que andar escogiendo con pinzas la gente con que hablábamos, porque las paredes tienen oídos y anda mucho conchesumadre en circulación, nos sentábamos a la mesa pero él mudo, hasta que de repente levantaba la mirada de la taza y nos miraba como un cabro chico que el viejo le hubiera pegado de repente y no supiera porqué. Hasta

que abandonamos los intentos, saludando su paso, su silueta oscura y bamboleante, cada vez más desgarbado, con los ojos más hundidos.

Y ya venía mijita otra vez sin los apuntes de Antigua, seguro que no había encontrado al flaco. Yo la miraba venir con pica “Estaba bien. Para que se jodiera”. Se demoró mucho en llegar donde yo estaba, o a lo mejor me parecía. Se notaba medio alcaída. Pensé con rencor que el agarre no podía ser para tanto. Entonces me dijo “El Lucho no está. Se mandó cambiar de Chile.” El Juaco que estaba en Los Cisnes, tomándose un café con cara de funeral, le había dicho. Y yo me lancé en un rosario medio tangüero de los huevones que se van, de los cobardes que aprietan cueva, olvidándome que el Lucho nunca había sido militante y de que en realidad yo no tenía la más puta idea de para qué lado chuteaba la cabrita.

Y de pronto la cara de ella, con sus enormes ojos cafés, se me borró de adelante, como si hubiera sido una perica cualquiera, y todo carecía de importancia frente a un vacío que se había instalado en una mesa de Los Cisnes a tomar café, y como si recién me cayera como un chopazo del cielo la realidad de todo, del golpe, de lo que había pasado y sentí que me picaban los ojos.

\* Publicado en la revista Chasqui, Volumen XIV, números 2,3 febrero, mayo, 1985

## DE AQUÍ Y ALLÁ\*

Durante unos días se mantuvo en su casa, sin ver amistades, mientras las relaciones trataban de vender sus muebles y toda cosa, conseguir plata para el pasaje, como si no estuviera más allá. Paseaba por el barrio como si estuviera un poco soñando. Ahora le quedaban unos jirones de imágenes, y caminaba, tratando de hacerse la idea de estar en esta parte, cara a la nieve, apretando el paquete de las cosas, que se sacaban de los estantes atiborrados, mientras sonaba una música. Lo otro atrás, una pesadilla que se borraba a sí misma, los detalles que se esfumaban cuando quería recordarlos, como un sueño, como si no hubiera sido a él.

Que hubiera sido él uno de los elegidos entre los muchos ansiosos que atiborraban el vestíbulo, evitando hablar entre ellos, evitando reconocerse si había conocidos, en un mundo que volvía a ser el de antes, donde había que comportarse frente a las autoridades, frente a la niña del mesón, el secretario flaco de anteojos que firmaba los papeles con estudiada seriedad:



“Nombre, Domicilio, Ocupación. Quince mil escudos en impuesto y a la ventanilla 23. El que sigue”. La gente se seguía paseando por el centro a las doce. Se seguían sentando en los bancos de la Plaza de Armas, las palomas caminaban torpemente en zig-zag y el loco saltarín envejecía y saltaba rodeado de la gente de siempre. Los otros, reconocibles a la legua, no se esforzaban en pasar inadvertidos, parados en las esquinas, o mezclándose en los grupos con la cabeza en alto y los hombros echados para atrás.

Cuando se vino, hicieron una pequeña celebración. Los amigos brindaron y levantaron el puño, medio curados. El compadre leyó un discurso: “Aunque no vengo preparado...”. Lucho siempre quedaba bien. Algunos bajaban la cabeza o miraban de reojo al celebrado. Hubo conversaciones, en rincones apartados, con los amigos más de la casa, recuerdos de las pichangas, de las farras, de las concentraciones, de cuando salió Allende, de todo lo que iba a pasar, de “lo huevones que fuimos”, mientras los cabros bailaban, como si nada fuera a pasar, como si nada hubiera pasado, ensuciados un poco por la luz amarilla de las ampolletas. Se armaban discusiones, de lo que iba a pasar de nuevo dentro de veinte, treinta años: Una nueva elección, un nuevo presidente, otro golpe, con caras distintas, con otros Mercurios y otras Agriculturas. Los que decían que no había que ser rencoroso, que había que perdonar, de unir,

los que no habían caído, claro. Un poco mareado, con esa luz volviendo morado el terno azul y el gusto del tinto como una amargura en la lengua, no se daba cuenta de mucho, trataba de tartajear algunas palabras. Alguien quebró una copa y se rieron las mujeres “Alegría”, “alegría”. Luego’ la cosa se puso pesada. Con el toque de queda, los invitados se quedaban hasta el día siguiente. Eso era ya lo acostumbrado, como la corbata, el orden y las canciones de Antonio Prieto. Como los chistes de milicos, los partes de enfrentamientos, y la nueva injuria sin respuesta: Upeliento.

Luego las cosas como una convalecencia, como un cuerpo cortado, pero no en lo físico. La espera de la visa, el pasaporte. Todos haciendo cola frente al registro civil, conversando, fumando: “Yo me voy a Australia porque aquí se está poniendo mala la cuestión económica”—Yo tengo un hermano que está en Canadá y nos cuenta maravillas, que hay máquinas que lavan la ropa. Claro, son públicas. Uno lleva la ropa, echa unas monedas y se lava sola la ropa—No, parece que es por otro lado. Una nueva no sé cuanto—Claro, pero la vieja dice que lo nuevo hasta por ahí nomás—Como su abuela, con jabón de puños. A más que no alcanza ni para jabón. Dicen que es momentáneo. La crisis del petróleo y todo eso. ¿Pitea? —Gracias”. Llegué a las ocho y era el primero de la cola. No, de ésta de acá. Después se formó otra cola.—Un caballero grande,

con cara de gringo. Llegaron y pasaron. No, por esa puerta chica de allá”. No, como le digo, aquí para mi especialidad está bastante malón acá. Sí, problemas económicos nomás”. El paso ocasional de algún carabinero medio dormido cortaba estas conversaciones.

Como si fuera otro, como si se llevara como un traje puesto, ni siquiera lloró cuando entró a la caseta. Veía a los demás, entre el barullo de la gente y las maletas, lagrimeando las mujeres, haciéndole señas los hombres. Alguno levantaba una guagua para que lo mirara. Ocupado con el teje y maneje de las maletas y los papeles, mirando la mano de un funcionario, gorda, pálida, vellosa, como temiendo que le rechazaran el pasaporte, avergonzado por la foto, la corbata chueca...

Pero en fin, la cosa era como estar y no estar, sin hacerse la idea todavía, como que la nieve y el viento eran los de los calendarios, de las tarjetas de pascua. Que la gente y los supermercados eran los de las películas. Por otro lado uno se encontraba las mismas pegas; clínex, garzón, y fijándose un poco aquí existían los rotos, que eran los chinos, los negros, los franceses, y por supuesto, los chilenos. El compadre, que llegó como un año después que él ya tenía auto y televisión en colores. Salía a patinar en el hielo y los cabros chicos ya hablaban inglés y se ponían gorros de lana que decían Canadá. María le decía que era tonto, que tenía que hacerse la idea, que habían

tenido la suerte de venirse a este país a no tener que pasar más hambre y andarse con el credo en la boca si se paraba un auto en la cuadra, despertando todas las noches con los balazos y los helicópteros.

Pero en los buses, al mirar todas esas caras tiesas, al encontrarse con otros pobres diablos como uno en los ascensores, que bajaban la cabeza y quitaban el bulto como si la otra gente fuera la tiña, sabía que tenía una cosa que no tenían los otros aquí, que los otros eran más infelices y pobres gallos aunque fueran gringos con auto y gringas tetonas.

Se ponía en la noche a buscar la radio La Habana y radio Moscú y leía y releía las cartas en busca de alguna insinuación, algún doble sentido. De repente le decía a la señora que trataba de dormir en la pieza del lado “Soltaron al diputado Vélez”, o, “Volvieron a devaluar el peso”, o si no “Te acordái de ese profesor jovencito que tenían los cabros en el liceo?—Lo mataron los carajos. Dicen que fue en un enfrentamiento”. La respuesta le llegaba, invariablemente: “Déjame dormir por favor viejo, que son la una de la mañana”.

\* Publicado en *Chilean Literature in Canada/Literatura chilena en Canadá*. Naím Nómez, Ediciones Cordillera/Ottawa Chilean Association, Ottawa, Ontario, 1982

# THE WHITE KNIGHT\*

A Leutén Rojas

Carlos, que (me dijo) bajó del avión que venía de Chile al Aeropuerto Internacional de Montreal, en ese día de otoño, creo que a fines de septiembre o a comienzos de octubre, Pedro no estaba muy seguro. Carlos, sí, ese mismo. Yo sabía bien de quién se trataba. Las historias relativas a las desapariciones conseguían infiltrarse, pese a la distancia, como un gas insidioso, por medio de las noticias, en la televisión, los periódicos, lo que llegaba por aquí a través de los cables internacionales. Y cómo yo no la a saber, Carlos, que podría perfectamente haberse llamado Pedro, como él, o Emilio, como mi amigo venezolano, también él de clase media, muy correcto, que alguna vez trabajó con nosotros en solidaridad, pero que ahora se volvió a su país y se consiguió una pega en el gobierno. O Eusebio, el español. No, ese es nombre de *nerd*, como se dice por estos lados, y a Carlos uno no podía imaginárselo flacuchento, con

anteojos, mateo y pisándoles los pies a las minas en las fiestas cuando bailaba. A Carlos lo veo parado en la loza, un poco cauteloso, algo tiene que haber sentido, después de todo nunca había salido de Chile, que yo sepa, al menos nunca por sí solo, como cualquier hijo de vecino. Solo, en una parte en que el poderoso brazo que lo protege y lo vuelve intocable no existe. Pero sí está nervioso nadie lo podría notar, a lo mejor sólo quizás yo, que lo conozco tanto. Quizás camina un poco más rápido, pero no mucho, anda un poco más derecho y la cara se le nota, si cabe, un poco más inexpresiva. A lo mejor, en una movida interior de esas que le son tan características se las habrá arreglado para construirse un proyecto inmediatamente, una especie de beneficio secundario, como cuando era vendedor de la línea blanca a fines de los sesenta y le tocaba un barrio malo, malo, digamos San Miguel y se decía (y me decía) “pero es macanudo oye porque la experiencia que voy a sacar aquí me va a ayudar mucho en el futuro”. Y pensaba seguramente que no era que los patrones le hubieran dado un sector malo porque era el más nuevo, medio estirado y a lo mejor mal vendedor, sino que justamente lo mandaban a él porque ¿A quién otro iban a mandar que fuera a sacar algo de ese barrio donde la gente tenía apenas para comer?... Y él les iba a andar vendiendo refrigeradores, cocinas, lavadoras, al contado y al crédito.

Pero nacionalizaron la firma el 71 y lo echaron. O mejor dicho no lo echaron porque, con la industria tomada, el gerente supo antes de que se promulgara el decreto de nacionalización y decidió entregar la industria quebrada, si podía, dio una comida a todos los vendedores y al personal administrativo en un conocido restaurante de la capital, y junto con pronosticar días sombríos para la empresa privada en el país y el inevitable colapso económico, anunció que despedía al sesenta por ciento del personal, ya que hacía varios meses que la empresa venía trabajando a pérdida. Creo que está ahora en el Brasil. Trató de volver después del golpe y echar a andar la cosa, pero a los dos años quebró cuando empezaron a llegar los artefactos de Taiwán. Peso esa es otra historia. En cuanto a Carlos, un buen día agarró sus monos y se mandó cambiar de la casa de la familia, que quedaba en el barrio Nuñoa. A los pocos meses se supo (supimos) que la Anita María se había casado con un flacucho que había sido compañero de liceo y que ahora trabajaba en el Banco O'Higgins.

Es que Carlos siempre tuvo esa manera de mirar las cosas así en general: o uno es caballero o es roto. O uno tiene plata o es un mequetrefe (como diría Firulete). Cosa bastante difícil si uno es hijo de un empleado jubilado de izquierda. Ya me lo imagino sentado en el escritorio, en su pieza estudiando

contabilidad mientras don Ignacio, un viejo socialista, se reunía con sus amigos y unos botellones a arreglar el mundo. Una vez me dijo medio curado—cosa rara en él, aunque se dice que últimamente toma mucho pero de a poquito y no se le nota —“Claro, lo que pasa es que el viejo es flojo. No tiene nada al corazón pero no le gusta trabajar”. Tenía (o tiene) el mismo carácter de la ñora (que en paz descanse), su madre, de quien era el regalón, como todo hijo mayor. Me acuerdo de una vez que éramos chicos y mi mamá les estaba contando que el hijo de la Nana estaba escribiendo y le habían publicado unos poemas en El Diario Ilustrado, y la ñora había saltado “¿Y cuanto gana?” Cuando Carlos me contó eso del viejo fue cuando tuvo que interrumpir sus estudios de contabilidad para trabajar full-time, como se dice por aquí, y lo que más le sacaba pica era que el hermano chico andaba estudiando arte o fotografía por ahí, con barba y una cámara mientras él (me dijo), tenía que ponerse en la casa para que comieran los dos intelectuales.

Pero eso no era muy cierto, aunque para qué iba a estarle discutiendo, es como macho, porque al hermano le estaba yendo bastante bien, apenas se formó Quimantú lo llamaron a trabajar ahí y al poco tiempo era un fotógrafo bastante conocido. Luego pasaron otras cosas y casi dejé de ver a Carlos, sólo una vez me lo encontré por la calle y le mencioné que a Marcos lo habían nominado para un premio de algo, no sé, yo nunca



he estado muy cerca de la fotografía, y él me dijo “Sí, le está yendo bien a este cabro, es una preocupación menos. Lástima que esté tan metido con los comunistas”. Y en sus palabras había un dejo de desgracia tan irremediable, como si alguien te dijera “Ahhh, fulanito se está muriendo de cáncer”, o como se escucha por la radio que estalló en el aire un Boeing 747 con-300 pasajeros a bordo. Yo tragué saliva y dije AAHHH, y me puse a hablar de cualquier cosa y me despedí rápido. Estábamos frente al edificio Santiago Centro. Por esa época yo había recién ingresado a la jota.

*Y seguramente al pisar la loza del aeropuerto y ver los letreros en inglés, Carlos se dijo “Ahora voy a tener la oportunidad de practicar lo que aprendí en el Instituto”, mientras caminaba y divisaba a su hermano Marcos que se acercaba “Por Dios que está viejo este cabro”, notando que tenía puestos los mismos bluyines y el mismo chaleco de siempre, y la cámara y, esa cara a la vez reconcentrada y atenta, y ese aire un poco como de desamparo. Pero antes de dejarse llevara por una cierta ternura, una palabra difícil de aceptar sin siutiquería en la cabeza, recordar que ellos habían elegido y que sabían en lo que se metan y no porque él no se los hubiera advertido, y que esos del tipo intelectual a veces son los más duros, y que en la pega (porque es un trabajo, aunque también es una guerra), funciona la teoría del dominó. Se cae una ficha y se van cayendo todas. Se deja que la debilidad meta la punta del pie por la puerta y se*

*abre de par en par. Hay tantos quebrados, alcohólicos, drogadictos, que les explican a los detenidos que lo hacen por obligación, que no depende de ellos, que reciben órdenes, que por favor cooperen y que no les va a pasar nada, y se vuelven como locos ante el menor silencio, desquitándose en forma ciega en los otros, por ponerlos en esa situación, tratando de borrarlos lo más luego posible, sacarlos del mapa, sacárselos de delante de la vista y luego vienen los cadáveres hechos pedazos, las protestas y la publicidad las investigaciones, y los tipos que sacan, la pistola en los bares y arman escándalo y que a veces terminan en el Siquiátrico o fondeados porque se ponen incontrolables. Y están los otros, los de afuera, que les gusta, se calientan. Pero a esos, cuando no se los necesite paff, cuando por fin se aclaren las cosas y la guerra sucia, como dicen los argentinos, se convierta en guerra limpia y podamos nosotros, cuando los otros se acaben, volver a vivir tranquilos, como Dios manda, dedicados a trabajar, a mantener a las familias, educar a los hijos, viendo cómo crece el país, sin la inestabilidad, las concentraciones y las tomas, sin ociosos discutidores y alegadores por las radios y la televisión y los diarios, que lo único que hacen es impedirle a los que quieren trabajar, progresar, ser algo en esta vida, ser algo más que los padres, no tener que volver a pasar pellejerías mamita, su lujo es inteligente, responsable, trabajador, no como su marido, cuando su hijo se case nunca les va a faltar nada ni a la mujer ni a los chiquillos, mamita, un auto, una casa decente no como esta cajita de fósforos. “Si nos casamos no quiero que nunca te falte nada” cuando éramos chicos a veces no tentamos ni para comer, cuando al papá lo echaron del Banco porque hicieron una huelga y zas de patitas*

*en la calle, yo era muy chico pero mi mamá siempre le decía “viejo no te metas en política que de ahí nunca va a salir nada bueno”. Debieran matarlos a todos mamita y claro que yo soy como usted mamita, como el abuelo minero que lo perdió todo porque los alemanes inventaron el salitre sintético, “y lo voy a cuidar al viejo, que vive en otro mundo tu padre, es como un niño fantasioso, soñador, no es práctico el viejo, tanta dote desperdiciada como tu hermano y cuando nos pusimos de novios todos pusieron el grito en el cielo y les debía haber hecho caso, tú saliste a mí mijito tienes que esforzarte, ser trabajador y esforzado, todo en esta vida se gana con trabajo y con roce para que no vayas a estar pasando pellejerías como tu madre, tonta, romántica”, y hay algunos a los que no se les para cuando están con la mujer y se les para en la cárcel interrogando o pegando, esos que saben que ya no tienen vuelta y tienen que seguir echándole pa delante (porque pa tras no cunde) hasta que se acaben. El teniente que le grita la otra vez a uno “Contrólese, hombre, contrólese”, eso es lo más importante mamita, tener siempre la cabeza clara, uno está haciendo un trabajo, y eso es por el bien de todos, hay que estar siempre mirándose, cuidándose, y pensar que esto está pasando en todas partes del mundo, si nos descontrolamos mamita, luego nos van a estar haciendo volar en pedacitos con bombas, o ellos o nosotros aunque a veces nos duele la cabeza por días enteros y andamos con el estómago tan apretado que no podemos ni comer y nos parece que todo el mundo nos mira por la calle y no nos gusta subirnos a los buses ni ir a los restaurantes. Por lo mismo, al cine no vamos mucho. Cuando tenemos un tiempo libre nos gusta la televisión. No nos gusta leer novelas porque son puras mentiras*

*y la realidad es esto. No nos interesan las noticias, ni la historia, ni las ideologías ni la política porque sabemos que en el fondo y moviéndolo todo está esto. En todas partes, mamita.*

Y de la que te libraste, Anita María, porque por algunos compañeros que cayeron por aquí sabemos que Carlos es muy capaz de producir un infierno durante 10 ó 12 horas al día. Pero a lo mejor no te libraste, porque gracias a esa capacidad que tiene para armarse las cosas otra vez en la cabeza, a su gusto y gana, siempre fue así desde chico, capaz que vuelva a, la casa en la noche, cansado como un buen empleado de banco, le haga cariño al perro, si es que tiene unto, y se ponga a leer el diario o a ver televisión. Seguramente la mujer con que está casado (si está) le preguntará “¿Cómo estuvo la pega hoy día mijito?” — “Bien, nada del otro mundo”. Y a lo mejor juega un rato con los cabros chicos que se le suben a las rodillas y le tironean la cara, como hacen todos los cabros chicos, y a la hora de comer reta a uno porque mete la mano en el plato y, seguro que después se va a dormir y ojalá que tenga al menos una pesadilla de cuando en cuando y ojalá que el tiritón que le agita el párpado derecho se le extienda a la mano primero y después a todo el cuerpo. De cómo este niño llegó a trabajar con esa gente esa gente (porque nos consta), es una cosa que ni yo le podría contestar. Yo no lo conocí mucho. Nuestras familias eran amigas. Fuimos compañeros primero en la primaria y

luego en el liceo. No, lo que es amigos, amigos nunca fuimos, pero a uno le da julepe pensando que quiera, el vecino del lado por ejemplo, pueda haberse transformado en un Carlos, y haber empezado a bajar gente con la mejor pinta del mundo y quizás con orgullo, sintiéndose poco menos que los Caballeros del Rey Arturo. que leí cuando chico en la colección Robin Hood, limpiando al mundo del fantasma de la subversión. A uno le da su poco de miedo incluso aquí, que estamos tan lejos. Que sólo nos acordamos cuando algún cadáver que aparece mutilado es lo suficientemente importante como para ocupar sus treinta segundos en las noticias de la tele, o están un poco flojones de noticias sobre Centroamérica o el Medio Oriente y ponen una cosita sobre Chile para llenar el espacio.

O nos llegan por esas cosas que pasan, ahora que se murió don Ignacio, que dicen que se murió de pena. Mentira. Nadie se muere de pena. Pero se murió de todas maneras. Y pobre Marcos, dos veces, se muere el viejo y ahora, sabiendo lo del hermano. Y el otro sobre todo tener las patas de venirse a meter acá, como si fuera una persona, como si todavía tuviera padre o familia. Y yo no quise ir al funeral por eso.

\* Texto resultante de la interiorización psicológica del papel que actué en la película *The Secret*, del cineasta chileno Leutén Rojas, que reside en Ottawa, Canadá. Este cuento se publicó en la revista *Jornada*, de Toronto, en 1988

## ASIENTO Y CONVERSACIÓN GRATIS\*

...extraña es la condición de aquellos dejados de la mano de Dios, de una edad variable entre los treinta y los cincuenta, la flor de Generaciones, que se persiguen de café en café de casa en casa, por las calles humeantes de húmedas. Ella venía acercándose en su bicicleta y yo me acordaba en esos mismos instantes de que le decían a mi mujer cuando estábamos recién casados “por ahí está el flaco, frente a Español de punto fijo, esperando que pase alguien para agarrarlo para chacharear”. Y ella se reía, mostrando los enormes y bellos dientes brillantes, caballunos, de italiana, pero no del sur de Italia, que son gente chica—hechos como a la fuerza, y ahora uno dice eso “de italiana”, pero con más base, en ese tiempo allá no teníamos más marco de referencia que la hija del bolichero de la esquina, o la Sofía Loren, con esos pómulos grandes y salidos, que en realidad no tiene tipo de italiana. Bueno, en fin. Como le decía yo estaba sentado en la mañana en el banco ése y ahí venía, en la bicicleta (o ahora que me acuerdo, parece que venía caminando

al lado de la bicicleta, en fin, no importa) y yo estaba fumando y pasó un francés, seguramente de Hull, con pinta casi de chileno, pero de ese tipo de chileno que se parece un poco a mí, que siempre me confunden con francés—¿Y vos que no soi chileno? me diría uno demasiado sensible, pero yo estoy contando nomás y eso pasa y qué se le va a hacer—Pero ella misma me dijo, me preguntó cuando recién nos conocimos en la peña si yo también era chileno y me pasa con otros gringos y gente de otras razas, además de aquí uno que nunca había salido al extranjero y tenía una idea medio mítica de las razas, ligerito se da cuenta de que todos somos como toda la gente. A lo que iba. A uno le preguntan que si viene del Líbano, hay otros que parecen vietnamitas, o será que en realidad a lo mejor son los vietnamitas los se parecen a los chilenos de las poblaciones. Es un chiste. Y claro una vez una gringa le dijo a uno que en el lado inglés de la ciudad había algunas partes en que a un amigo que tengo y que no voy a nombrar no lo dejarían entrar, porque era muy oscurito aunque se suponía que esto era ilegal y que había otros clubes en que todavía no dejaban entrar mujeres y es por eso que nosotros nos sentimos un poco más a las anchas con los quebecois que con los gringos.

Y mire, yo leí hace un tiempo en una revista Liberté justamente dedicada a ese tema y un poco al tema de las relaciones entre los franceses de aquí del Québec y los de allá de Europa,

y hablaba algo de una *sociabilité paysanne*, y por eso yo le explicaba a la gringa con mucho cuidado, de a poquito, porque ligerito se aburren, no saben conversar, que a los chilenos le gustan las francesas, y claro porque ella no es francesa y todos los otros fulanos se lo sacaban en cara - claro que para sacarle pica- las minas de Québec esto y lo otro y lo simpáticas que eran y la cacha de la espada.

Porque encerrados entre dos cordilleras, una al este, otra al oeste, la mayoría de la gente pobre, una gran parte de la gente más que taciturna, somos los ingleses de América Latina, la gente de las provincias habla despacio—menos en el Norte Chico, que parece que tuvieran una papa en la boca y hablan como ametralladora—sobre todo la del sur, poetas de los lares que les dicen a los que celebran el campo, el laconismo campesino y todas esas vainas, que lo mismo se dice de los quechuas, patita. ¿Y qué me dice de Arturo Pratt, ¿Ha almorzado la gente?, cuando todo el mundo estaba pensando para sus adentros “Aquí nos llegó al pihuelo”, como cuando nos atrincheramos en el Peda en noviembre del 67 y el pelado Michel—que lo vieron, me dijeron que todavía estaba en Chile—No, yo no lo vi cuando fui, vi a otra gente, de esos otros ya casi no quedamos. Una vez entrevistaron al Loco por televisión cuando la dictadura y andaba bien terneado, le preguntaron sobre el reajuste, y dijo “a mí personalmente no



me afecta, quizás puede que afecte a otros”. Seguramente que andaba medio fondeado, clandestina, pero la pinta igualita. “No me afecta”—Claro, esas no son palabras con que hablamos todos los días por allá, es una palabra para la televisión, los discursos, los profesores primarios. En los diarios, los periódicos—*Newspapers*—usan siempre esos términos; “Los afectados. Los damnificados”—No, eso viene del latín, una palabra hecha hace poco, la gente no la usa, sólo cuando se pone de moda, con los terremotos, los incendios de Valparaíso—se quemaban las casas por manzanas, en los cerros. Es un puerto. El Negro es de allá. Las inundaciones, entonces todo el mundo habla de Los Damnificados, y salen tallas, bromas—Y todo el mundo, los cabros de las escuelas, los vecinos, salen a recolectar ropa, y se huevea su poco, y la ropa luego queda almacenada y se pudre. También llegaban barcos con mantequilla, con leche en polvo de Estados Unidos o Europa, no sé—muy mala, hostigosa, que hostiga, para que la diera Caritas Chile ¿Todavía ahora?—No sé. Y ligerito empezaban por la radio los diarios las noticias de las cosas pudriéndose, de los empleados—funcionarios—que se hacen la América, porque antes la gente venía a hacerse rica—Que yo sepa no hay muchos que hayan venido por aquí, salvo Joaquín Murieta. O cuando Vicente Pérez Rosales—ahí vino una oleada—que cuenta de un tipo que venía con ellos, por eso de la fiebre del oro, y lo dejaron a la orilla de un río y se

fueron a dormir y cuando volvieron estaba negro con una capa de mosquitos. Pero lo más de nosotros—no mío, pero en una de estas—, es eso de Pratt, “El que sea valiente que me siga”. En todas las escuelas, el veintiuno de Mayo. El veintiuno y el primero de Mayo. Lo que sigue es medio artificial, no me acuerdo, nadie se acuerda de eso, nadie habla así aunque uno haya estudiado en el Instituto. Nadie habla así. Pobre Pratt. Me va a venir a tirar las patas esta noche.

\* Texto publicado en *Letras de Chile* <http://www.lettrasdechile.cl/mambo/index.php>

# UNA VISITA

A Gabriela Etcheverry

Los ratones, chicos, como tres me parece, que salían y entraban de una cueva chiquitita que había en un rincón de la pieza, harto vieja, antes era una pura terraza de concreto, hace harto tiempo eso sí y paredes de adobe y unos postes y un techo de calamina y luego me acuerdo que entró la mayor a trabajar de profesora en el norte en la escuela de la Compañía, y se casó bien, con mi cuñado, pailón pero bueno para las matemáticas, nunca le falta pega con eso de los computadores, y lo encontró botado en una cuneta muerto de borracho y se lo agarró y se empezó a poner aquí con plata y comenzaron las mejoras en la casa.

El baño primero, al fondo del patio, como debe ser, lejos de donde se come y se vive (allá donde vivo ahora es costumbre también, en el campo (se llaman *outhouses*). Y él sentado en el sillón del digamos, living, cuando lo miro de reojo se ve casi

igual a diez años atrás (las patas de gallo de la gente de piel clara, una nueva lentitud de gestos, una pesadez acumulada, una opacidad casi imperceptible de los ojos). Diez años que en realidad son quince. Medio venosita la nariz, puede ser por el trago. Muy derecho sentado en el borde del sillón con una tenida, como sacada de la revista *Lifé*.

Pero los ratones se asoman y se vuelven a asomar y corren como Pedro por su casa—mis hermanas sapeando y escuchando desde la cocina, riéndose, igual que antes, como si no hubieran pasado diez años.

Y él más pailón que antes, o a lo mejor igual, o es que yo me he puesto más habilosa, para algo servirá estar viviendo en el extranjero. Y es como si me agarraran y me lanzaran otra vez de guata a la miseria que a lo mejor no existe mientras estoy lejos, afuera, al otro lado del mundo y me acuerdo de las puras cosas buenas y no me acuerdo de las chiquillas mocosas y de las paredes todas agrietadas ni de la falta de muebles, como si se fueran borrando como cuando se iba los sábados a la matinée y una salía con la película dándole a una vueltas en la cabeza, y uno se dormía después y cuando recién amanecía todavía había un poco de la película, el último rollo, en la cabeza, mientras una terminaba de despertarse y después se borra, de repente porque empiezan a joder las palomas en el entretecho y pasa la vieja, vendiendo machas “maaachas”,

y el sol atraviesa, la ventana y se mira sin querer la muralla y está sucia y es de concreto pelado y áspero con una mano de pintura amarilla—sucia—y las figuras de la repisa son de loza y están todas rotas, a un pájaro le falta, el ala y el pico.

(Como caer en el día, en la luz blanca, y verlo todo sucio y feo, como dice el Flaco). Pero tengo que preguntarle cosas a este de su vida y decir “Síííí”, fuerte, para que los ratones se escondan y no los vaya a ver, y a lo mejor los ve corriendo casi encima de sus zapatos flamantes y se hace el lesa, porque al fin y al cabo es un caballero, no como el Flaco, aunque quién sabe qué pensará este porque lo mandé llamar y claro que vino al tiro, donde hubo fuego...y se pone a decir que es una lástima que lo nuestro no hubiera resultado, lo mucho que me quería, que ha sido muy desgraciado en su matrimonio y a lo mejor cree que le está resultando y ligerito empieza a decir que me veo más joven que antes y que me sientan las canas, y “qué bien te queda el negro”, y se va a creer que lo está haciendo bien, que me está trabajando como se dejan trabajar todas estas pobres fulanas que lo único que quieren es que se las trabajen, y que lo que no se lo dicen los tipos se lo inventan ellas.

Que está separado, es cierto, y si estuviera aquí la Segunda estaría feliz que siempre lo consideró un buen partido para mí mientras yo me aburría horas y horas sentada en la plaza

porque yo era la de pasearse y mostrar, la oficial, y él tiene ahora una casa. en la Parte Baja, auto y pinta, una joyería en herencia. “No ha. sido fácil”, digo, y de seguro el Flaco me hubiera encontrado cursi y de fotonovela. No me ve, pero como se hubiera reído. Y lo digo fuerte, y las cabras en la cocina deben pensar que lo digo con emoción, subiendo la voz (todas tenemos voces altas, bandada de codornices, como decía el Viejo). Y le estoy siguiendo el juego, y los ratones asoman la cabeza por detrás de las patas de la mesa y no puedo ni tirarles un zapatazo para que se escondan. Y estarán aliviadas ante la posibilidad de que me quedara al fin con este pailón, aquí enterrada y no volvera a irme para allá nunca más, estabilizada al fin y sentando cabeza. Pero se tienen que dar cuenta de que a veces se me olvida el castellano, y no es para menos, diez años afuera, y no saben que ayer confirmé la vuelta con la línea aérea. Mientras él deja colgar una mano ahora un poco gordita por el lado del brazo del sillón y yo me quedo mirando que se le va a caer la ceniza al suelo y claro ni siquiera pide un cenicero como todos los niños ricos que se creen que todo el mundo va a correr a pasarles las cosas.

## CAMAS PARALELAS\*

Adela prendió la radio y se dejó balancear por el ritmo mientras se atareaba en la cocina, tan grande, tan blanca, con una esponja plástica, o que parecía plástica, de un color verde brillante. Limpiaba las cubiertas del vasto mueble de cocina, el refrigerador, la puerta enlozada de la máquina de lavar platos, los estantes, allá arriba, hechos para gente alta, que sus manos no podían alcanzar. No iba a traer esta vez el puff del living para pararse encima y limpiar, equilibrándose, la grasilla que se iba acumulando cuando se cocina, inevitable pese a los ventiladores y extractores de aire, los hornos microondas y quizás algunos otros artefactos, no fuera que se cayera de nuevo como la primera vez doblándose el tobillo y teniendo que quedarse en cama varios días en su departamento sin poder venir a trabajar y leyendo y releendo las cartas, poniendo una y otra vez los mismos casetes en el tocadisco de segunda mano (discorola decían sus papás), escuchando a partir de las seis (el supermercado cerraba a las cinco), las interminables chácharas de

la María Eugenia, que fumaba contándole sus aventuras en el trabajo, sobre los jóvenes rubios que trabajaban a media jornada y que algunas veces ni la veían y otras le agarraban el trasero o le rozaban las tetas pero como jugando, y no pasaba nada después, hasta que otro se ponía juguetón, pero ella sabía y había oído los jadeos que venían de la bodega y había visto a las niñas gringas, después de la hora del lunch aparecer con el pelo desordenado y rojas, asorochadas, y no podía evitar, a pesar de que fumaba y decía que no tenía olfato (Adela detestaba el humo), el sentir un suave olorcillo que conocía tan bien y contaba eso, en calzones en la cama del lado, conversando con Adela y acariciándose la punta de los pechos, casi negra, con la yema de los dedos largos, ahora con las uñas romas porque en los primeros días se había quebrado un par manipulando mercadería y se las había tenido que cortar todas, y después los dedos iban a acariciar y presionar en forma inconsciente el bulto entre las piernas y esa misma noche, le diría fumando a Adela que no era justo, que ella era una mujer todavía joven, nunca le había dicho la edad y esa juventud podía estar en cualquier parte entre los veinticinco y los treinta, había estado casada, como ella, y lo había hecho por lo menos una vez al día y ahora se había pasado más de seis meses en banda, y no era justo estar rodeada por todos esos chiquillos rubios, siempre le habían gustado los rucios, desde chiquitita, los opuestos se



atraen, eso lo sabe todo el mundo y ella era tan morena, casi negra.”Negra”, le decían en la escuela, “Negrita rica” los amigos y su marido. Y cuando la luz se apagaba María Eugenia decía buenas noches y a veces rezaba y a veces no y parecía que se dormía al tiro, pero Adela se quedaba pensando y recordando, no le era fácil dormirse, y al cabo podía sentir que la cama del lado crujía y María Eugenia seguramente lo estaría haciendo, algunas veces dos o tres veces en la noche, se lo estaría haciendo con el dedo, y ahogando los momentos culminantes en la almohada y quizás estaría pensando en los cabros rucios del supermercado, en como lo hacían con las niñas, y a lo mejor eso estaría pensando la María Eugenia mientras el catre crujía, que era más o menos las cosas que le decía fumando y entre tos y tos a la Adela, que se aburría a veces pero no decía nada, que no era justo para una mujer joven y una ex casada de por allá, no de por aquí, ya que había leído en un National Enquirer en el lunch en el supermercado que en Norteamérica las parejas de como 35 años lo hacen como promedio un par de veces por semana, sería por eso que las gringas preferían irse con los árabes, los latinos y a veces hasta con los negros.

O a lo mejor la María Eugenia pensaba en su marido, que decía que se iba a venir pero era difícil porque le había mostrado las cartas los primeros meses y Adela se daba cuenta que el otro

estaba frío, había perdido el interés, le contaba cosas como por contarle y le decía que estaba juntando plata, que tenía que ir a la embajada para una entrevista la semana que viene, pero ella no le había dicho nada a la otra, para qué, sola se iba a dar cuenta, y luego el hombre le había escrito que no tenía plata, que no había podido vender la casa además de que su hermana casada la estaba ocupando y él no podía ponerlos a todos de patitas en la calle con lo difícil que estaba la situación, y que ella tenía que pedirlo, qué era eso pedirlo, se preguntaba Adela, pero no quería pasar por ignorante. Si quería que se viniera le iba a tener que juntar la plata para el pasaje. Y María Eugenia había llorado una vez, con un sonido agudo, como una rata o una niña chica y le había dicho que el tipo lo que quería era que le mandara la plata y que quizás qué lo que iba a hacer con ella, quizás con quién se había metido ya que ella lo conocía y él no era capaz de pasarse un par de días sin pegarse una cachá, y que ella podía muy bien pedir un préstamo en el banco ya que estaba trabajando jornada completa pero que no pensaba hacerlo.

Cuando el oficial de inmigración, el que sabía *hun poucou d'español*, la llamó una vez por teléfono, la María Eugenia le había dicho que estaba casada, pero que en realidad más o menos casada, y la Adela estaba escuchando, y el fulano era el

mismo con que había hablado para poder traer al marido, pero luego de juntarse algunas veces con el ya no habló del asunto por un tiempo y andaba cantando sola y se quedaba fumando, mirando para arriba y moviendo las piernas cruzadas, nunca podía estarse quieta y era tan habladora, y después había estado callada unos días y habían pasado ya sus buenos meses.

En cuanto a Adela, también era joven y más que la otra, y no se crea que no tenía sus necesidades también, ella sólo había conocido a un hombre, su marido, con el que se había casado en la iglesia y los padres de él y los padres de ella habían sabido desde que eran chicos que se iban a terminar casando. Pero ella no podía ponerse a pensar en él en la noche, como la María Eugenia, porque siempre que pensaba en él se lo imaginaba en quién sabe qué situaciones, amarrado a un somier, y el somier con un enchufe o algo así y alguien que conectaba el enchufe, o que estaba arrodillado y alguien venía por detrás y lo hacía levantar la cabeza agarrándolo por el pelo, y le decía “sacáte los anteojos”, como en la película *El Salvador*, que la había visto porque un latino que limpiaba las oficinas en el primer piso del edificio le había ofrecido una entrada y ella no había tenido corazón para decirle que no,” sacate los anteojos”, porque Miguel también era así, como el estudiante que aparece en la película, a ese que bajan del camión y después le

dan un balazo en la cabeza. Y a Adela se le quitaban las ganas de seguirse acordando y a veces lloraba y no podía quedarse dormida hasta mucho, mucho más tarde.

\* Publicado en las revistas virtuales Azultarte, El mundo del Cuento, Eco Latino Net, Revue RAL,M, Literatura libre y en *Retrato de una nube*, la primera antología de cuentos en castellano de Canadá, publicada en mayo 2008 en Ottawa, por Lugar Común y compilada por Luis Molina Lora y Julio Torres Recinos. La versión en inglés fue publicada hace años en *The Americas Review*, Vol 19, N. 2, 1991

## HOMBRES Y ARAÑAS\*

Y no era eso lo peor, la inminencia de la cosa, aquello real que colgaba sobre nosotros (en plural, a pesar de que a esta altura del partido, uno contaba sólo consigo mismo). Estábamos esperando lo peor, eso era cierto, pero de una manera más ordenada, si uno puede describir algo que era más una impresión que una idea o pensamiento. Nosotros por un lado, controlando al menos una parte de la ciudad (universidades, poblaciones y fábricas), preparados y esperando, contando con el número y la organización, sin suficientes armas, y esto, si es que había alguna. Pero todo puede ser un arma si uno está dispuesto, listo. El Presidente dijo por la Cadena Nacional que incluso un lápiz pasta puede ser un arma, si uno lo usa para atravesar una garganta en lugar de usarlo para escribir (memorandos, cartas, artículos o poemas). Yo soy una mezcla de intelectual, profesor y burócrata. Nosotros contábamos con el pueblo, el conocimiento del territorio en áreas específicas de la ciudad, la complicidad de la gente corriente, incluso

de los que trabajaban en los cuarteles del enemigo. Pero el chancacazo fue tan fuerte que unas horas después de que los aviones bombardearon la Moneda, nosotros estábamos recién empezando a tener una visión de conjunto. No había nada que hacer, y minuto a minuto nos íbamos volviendo más unos restos dispersos de lo que iban a ser las Huestes del Mañana. No había nada más que hacer que arrancar y esconderse, tratar de salvar la piel (si es que estábamos realmente en peligro, ni de eso estábamos seguros). Nos encontramos de repente separados unos de otros, mientras los helicópteros volaban una y otra vez en círculos encima de nuestras cabezas, por encima de los fragmentos disectados de la ciudad, que se organizaban de nuevo en otro orden, uno de terror y embotamiento, como los hilos de una telaraña, en que las inocentes y hasta ayer nomás ingenuas y confiadas moscas se enredaban, esperando el acercarse de los segmentos arañiles de negras patas peludas, esperando lo que pueda suceder. Luego de varios días lo único que quedaba era el tableteo ocasional, el estampido de diversas armas, ahora más o menos identificables, y los incendios por toda la ciudad.

Para mí habían sido varios días arrancando, las noches pasadas con familiares o conocidos, no con amigos cercanos, porque ellos podían muy bien ser arrastrados fuera de sus camas por

los sirvientes de la araña con las primeras luces del alba, celebrada sin embargo como siempre por una miríada de pajaritos y gallos cantando. Con una barba de dos días, con mi viejo porta documentos lleno de papeles personales (ya que iba a salir del país si podía), una escobilla de dientes (con el apuro me olvide de las hojas de afeitar) y un poco de plata, me apuré doblando una esquina. Estaba casi oscuro y tuve que parar para tirarme boca abajo en la calle al escuchar el rumor de un motor que se acercaba. Me apreté contra el pavimento, tratando de parecer inerte, como un cadáver de algunas horas, como cualquiera de los otros cuerpos que se adueñaban de las calles de la ciudad en la madrugada o el crepúsculo. Traté de todas maneras de lograr un panorama de la calle: una patrulla del ejército en un jeep, vaga y obscura (no iban realmente de negro; eran verde oscuro, los uniformes y el vehículo, hasta las armas). Dos o tres de los hombres miraron mi cuerpo inerte, como una araña que fijara dos o tres de sus ojos, evaluando el pequeño bulto de un mosquito atrapado en la tela. Pero como está satisfecha, sólo registra, computa y sigue de largo.

Esa noche unos minutos antes del toque de queda me tambaleé casi hacia un edificio de departamentos y subí las escaleras y golpeé en la puerta de Mario, con fuerza, de nuevo, una, dos, tres veces, y los pude escuchar adentro poniéndose algo,

batas, pantuflas, y hablando en sordina, y decidiendo de todos modos abrir la puerta. Porque si eran los otros los que venían, no había manera de pararlos. Eso sólo los enojaría más, y luego todos sufrirían las consecuencias, no sólo el hombre de la casa. Y aparte de ellos ¿Qué otra cosa había como para asustarse? Mario abrió la puerta en su bata a rayas, sus ojos muy abiertos, y luego trató de cerrármela en las narices (entendible, había contado con eso). Incluso con mis lentos reflejos, me las arreglo para meter el pie una, dos veces: duele como caballo. Empujo con todo mi peso y penetro en el departamento. Luego lo enfrento. Su pelo crespo medio erizado, sus ojos agrandados por el miedo “¡Afuera! ¡Sale inmediatamente! ¡Sale al tiro!”. Pero él me está rogando con los ojos al mismo tiempo. Estoy ganando. Sus ojos evitan los míos, mira de soslayo, hacia la izquierda, luego un poco hacia atrás, un movimiento que los ojos intentan pero que no pueden hacer complemente. Ella está parada allí, detrás de él (¿Juana? ¿María? No me puedo acordar) en su bata, con sus suaves facciones color canela, el pelo liso y el temor en la vista. Me imagino al niño en la pieza de atrás, soñando los placenteros, informes sueños de los niños recién nacidos.

“No tengo donde más ir. Es casi el toque de queda, si no me dejás pasar aquí la noche estoy liquidado”.



Bueno. Estoy adentro. Estaba adentro ya antes, en realidad. Él hace un gesto, se encoge de hombros, los ojos casi cerrados, moviendo la cabeza rápido, en su manera tan típica, primero hacia un lado, luego hacia el otro, medio explicando, medio resignándose, una mano que apunta hacia ella, la otra hacia su propio pecho como diciendo “No es por mí, es por ella. Tú sabes qué le puede pasar”.

Él no tiene que decirme. Yo sé. Pobre Mario, pobre (¿Juana? ¿María?). Avanzo hacia él, lo toco en el hombro: “Está bien, me voy tempranito, justo antes que termine el toque”, le digo, pero me digo a mí mismo también. He leído en alguna parte que uno puede mandarse a despertar a horas precisas. Me dirijo hacia el sillón y me tumbo en él sin desvestirme. La cara al cielo. El techo comienza a girar, las luces se apagan y estoy durmiendo.

Forcejeo en sueños. Siempre. Tengo que levantarme para ir al baño a mear, pero estoy como un mosquito, pegado en ese sillón que es una tela de araña. Despierto, sudando, con un dolor en la vejiga. Noto que la noche se está poniendo clara. Camino hacia el baño que está al final del pasillo. Abro la puerta y María está sentada en el bidé, con las piernas abiertas, frente mío, la camisa de noche blanca arremangada hasta la cintura, mientras el chorrillo de agua sibilante le toca el sexo. Al comienzo, su mirada es vaga, soñolienta, ausente, pero

luego enfoca sus ojos en mí con pánico y sorpresa, y vergüenza súper impuesta. Murmuro “discúlpeme”, y dando la vuelta, abandono el cuarto sin cerrar la puerta. En el salón agarro mi portadocumentos y abro la puerta, mirando hacia el corredor. Al final, la puerta del baño está todavía abierta, con la luz prendida; la mujer todavía sentada, riéndose, la mano en la boca, tapándola. No se ve un alma. Me dirijo hacia la escalera, bajo el letrero SALIDA. Conozco tanto ese lugar (hemos sido amigos varios años) que bajo las escaleras de dos en dos o tres en tres sin mirar los escalones. Luego voy saliendo por la puerta principal del edificio cuando cambio de idea. Empujado por la urgencia de mi vejiga entro de nuevo y me pongo a mear en el vestíbulo, tan pegado a la muralla como puedo para evitar ser visto por un transeúnte (¿A esa hora, en esas circunstancias?) o una patrulla. Me cierro el marrueco y salgo. Estoy preocupado de verdad porque mi terno está todo arrugado, mis zapatos polvorientos, y con corbata y porta documentos claro que parezco alguien que anda arrancando. La idea de afeitarme donde Mario se me había olvidado incluso antes de que llegara a su casa y ahora me estaba haciendo burla. Me doy cuenta de que no tengo que llamar la atención. Abro el porta documentos en la escalinata de un edificio por ahí cerca mientras los primeros rumores de vida están empezando en las calles, y el sol se está levantando, pleno y lento, y el fresco de la madrugada robustece.

Saco mis documentos, la plata, la máquina de afeitar inútil y la escobilla de dientes. Todos los pajaritos invisibles empiezan a cantar. Me deshago el nudo de la corbata y luego de sacármela la pongo en el porta documentos, lo cierro, camino un poco hasta que encuentro un tarro de basura donde lo echo.

Tratando de parecer natural camino hacia el sector Norte de la ciudad, hacia el otro lado del río, donde está el mercado (la pobreza pululante), las líneas de buses interprovinciales y una de las estaciones de trenes. Allí voy a estar seguro, perdido entre los trabajadores, los pobres y los marginales.

Cuando llego al puente, puedo sentir cómo se aprieta la red. Hay dos jeeps ahí para chequear a los transeúntes tempraneros y especialmente a los vehículos. Un auto con el portamaletas abierto tiene a un soldado medio sumergido en sus profundidades; mientras otro con la boina negra y el uniforme a manchas de los comandos vigila fumando. Alguna gente espera su turno en fila. Un hombre bien trajeado en un station wagon blanco protesta cuando es conminado a salir del vehículo: “Chis”. Un oficial lo saca afuera agarrado por el cuello y lo estira contra la armazón de puente: “¿No te gusta ah? Ah, bueno. Una palabra más y te dejo aquí de comida pa los perros”. El hombre mira hacia abajo sin mover un músculo. Otro soldado dice “Ya, vamos, vamos, apurarse”. Y pasamos al otro lado.

Camino despacio, un poco mareado, muy hambriento y cansado, y de repente el station wagon se detiene a mi lado y el hombre pregunta “¿Lo llevo?”. Luego de mirar hacia atrás, nerviosamente, a los soldados, indeciso por un instante, pienso que a lo mejor podría aceptar. Los guardias están ocupados, el puente lleno de gente, y una línea de autos están esperando para pasar. El hombre en el station me dice “No se preocupe. Está bien. ¿Pa donde va?”. Se me ocurre que estaría bien que tuviera una parte donde ir. “A la estación, a recoger una encomienda que me llegó del norte”—“Ah, macanudo, yo voy pa la estación también”. Me subo. El hombre se nota ansioso y un poco embotado. Rompe el silencio para decirme que nunca se hubiera imaginado una cosa así, que cuando Allende ganó la elección él se había ido a los Estados Unidos, pero que le fue más o menos no más y se había vuelto por los rumores. Todo el mundo sabía que el gobierno caía, él había sido siempre de derecha pero nunca se habría imaginado que lo iban a tratar así, un sargento de pacotilla que de seguro no sabía ni sumar dos más dos. Le dije que estaba apurado y que tenía que hacer una llamada telefónica muy importante: “Tengo que llamar a mi mujer alrededor de las ocho y a lo mejor voy a tener que tomar el primer tren al norte. Ni siquiera tuve tiempo de afeitarme”. El tipo se traga la historia y me dice que él también ha perdido un tiempo precioso esperando en el puente (sus manos todavía le tiemblan un poco).

Y de alguna manera yo estaba diciendo la verdad, tratando de parecer normal cuando me bajé del station y me maravillaba de que el tipo no hubiera encontrado mi apariencia chocante, y recordaba algo que ya se perdía en el cúmulo de los hechos pasados: la imagen de la mujer sentada en el bidet. Me siento mareado y hambriento y débil, más aún luego de haber estado sentado en el auto. Estaba demasiado absorto y aterrado en el puente como para sentir algo. Busco cambio en los bolsillos de la chaqueta. El día comienza a ponerse caluroso y el sudor me corre por los costados viniendo de mis sobacos, como si estuviera hecho de arañas minúsculas, mientras me pongo a llamar amigos y familiares desde un teléfono público, tratando de comunicarme con mi mujer, hasta que por fin alguien la llama a gritos en el otro lado de la línea. Ella solloza en el teléfono: ellos han allanado la casa del cuñado dos veces, el tipo nunca se ha metido en política, trabaja en computación y ha estado borracho desde el once, y ella ha estado muy angustiada sin saber qué había pasado conmigo, dónde estaba yo. La última vez que nos vimos había sido cuando me fui a trabajar ese día en la mañana. Ella (y la niña) han estado ahí, donde el cuñado, desde entonces, pero ahora todos los vecinos se están yendo de ahí porque alguien le dispara a los soldados desde los edificios en la noche. Una bala de los soldados atravesó la ventana y se incrustó en la cabecera de la marquesa. Ese era un lugar peligroso porque estaba muy cerca de una parte donde había

muchos francotiradores. Si yo pudiera llegar al aeropuerto a eso de las doce, ella podía llevarme un poco de dinero y ropa para ver si me podía ir a la Argentina. A pesar de todo los vuelos a Mendoza son cosa de todos los días. No pueden pararse (a menos de que se acabe el mundo). Mucha gente tiene negocios allá y la comunidad chilena residente es muy grande. Y yo escuchaba y miraba a través del cristal de la cabina telefónica a la gente que salía de sus casas con trapos y escobas y baldes con agua para borrar de las paredes los rayados, los más de Patria y Libertad, un signo casi como una araña, que parece una svástica.

Desde la reja del aeropuerto hasta el edificio principal hay como treinta metros. Uno tiene que esperar hasta que a uno lo acompañan a la oficina de INTERPOL adentro del edificio. Ahí ellos tienen la lista. Se supone que tenemos que cruzar esa distancia en grupos de a cinco, acompañado por un uniformado. Ella (mi mujer) me está diciendo que mientras esté afuera, Alejandro, un amigo, va a quedarse en la casa porque le queda cerca del trabajo y además él no tiene ningún antecedente político. Va a resultar porque él se puede preocupar de la limpieza, regar las plantas, darle comida al gato y mantener cerrado. Los ladrones siempre se aprovechan del caos. Y ella y la niña se irán al norte a casa de mis suegros hasta que las

cosas se calmen un poco, y luego harán diligencias para juntarse conmigo en Mendoza. No será muy difícil conseguir algo allá, a lo mejor incluso en la universidad. Mientras ayuda a mi mujer con las maletas, el soldado que nos acompaña nos dice medio en broma: “Si se da vuelta la tortilla, acuérdense de que los traté bien, ah”.

No me pude subir al avión después de todo porque mi pasaporte estaba vencido y nos mezclamos con la muchedumbre de gente que estaba despidiendo a sus amigos o familiares. Ella iba a volver donde mi cuñado y se iba al norte mañana en la mañana con la niña. La multitud nos separó y la miré por última vez antes de llamar un taxi y ella estaba sonriendo. De repente se cayó hacia delante, y la multitud se cerró alrededor de ella, o del lugar en que ella estaba tendida en el pavimento y yo comencé a empujar para acercarme durante lo que me pareció un tiempo interminable, sin hacer caso a las protestas de la gente alrededor. La niña gritó: “Papi, la mamá está temblando, como que estuviera tiritando”. Uno de sus ataques. Miré hacia el cielo claro, arriba. Por un instante me zumbó la cabeza y el cielo se comenzó a poner negro, como si fuera una araña grande y nebulosa, y campanas o pájaros, hacían mucho ruido en mis oídos.

Después que mi hija y mi mujer se subieron al bus, yo me las arreglé para volver a la casa. Descansé un rato en el piso de abajo, en el living. Todo estaba sucio y desordenado. Subí al segundo piso para buscar una gillette cosa de poder afeitarme. Todo estaba desordenado ahí también. Más desordenado que de costumbre. Nosotros éramos profesionales progresistas, jóvenes, sin mucho tiempo para tareas domésticas, al menos hasta hacía una semana. Se me ocurrió que podían haber allanado la casa. Me fui al dormitorio y me tendí en la cama un rato, medio mareado, tratando de pensar, mirando hacia el cielo raso donde una araña enorme estaba tratando de salir por una grieta. Me paré en la cama, sintiendo un escalofrío por la espina dorsal y una sensación extraña en las raíces del pelo. Decidí no aplastar a la araña por la mancha que dejaría en la pintura. Me senté en la cama, pensando cómo esa grieta se abría probablemente hacia el exterior, el aire frío en el invierno, el polvo y el smog, y las arañas, que debían ser todas enormes y debían repletar el ático. Decidí quemar a la bestia, como lo hacía cuando era chico, a los siete u ocho, cuando torturaba (como muchos niños) todo tipo de insectos. Iba a deshacerme del cuerpo del animal de una manera más limpia, tomando el cuerpo incinerado con un trapo o un pedazo de papel higiénico y echándolo al guáter. Bajé las escaleras de vuelta al piso de abajo para buscar una vela y fósforos. ¡Mierda! Todo era



un caos. Encontré la vela y los fósforos y me iba a arriba otra vez cuando vi la sombra de alguien en la muralla. Me apreté contra la muralla lo más que pude, y comencé a subir la escalera rápido. “Un ladrón”, pensé, pero luego se me ocurrió otra cosa en la que preferí no pensar. Estaba tan cansado. Llegué arriba y la sombra volvió a cruzar, y apareció la cara ingenua, sonriente de Alejandro, sus ojos suaves y su cuerpo grande, atlético, vistiendo camiseta deportiva. A veces en Santiago septiembre es muy soleado y caluroso. Él me explica porqué está ahí (cosa que yo ya sé) mientras vamos al dormitorio y le digo de la araña, y de cómo va a ser más limpio de esta manera y él no me contesta, sólo me mira cuando me subo a la cama (sin sacarme mis zapatos sucios), prendo la vela, la levanto hacia el techo y la acerco a la araña.

\* Publicado en la *Segunda antología Voces Online*, de Escritores.cl, Santiago, 2008. Versión en inglés en *Canadian Fiction Magazine*, Number 61/62. 1987.

## QUE DIEZ AÑOS NO ES NADA

Era natural que todos estuviéramos un poco cansados de escuchar las mismas cosas todo el tiempo (dice). Al comienzo, cuando recién llegamos, me acuerdo que nos juntábamos en las casas, por turnos, una vez en la tuya, una vez en la mía, que en realidad, y le voy a decir, eran, o piezas, o departamentos de un ambiente (bachelors, como se dice por aquí), y entonces éramos de verdad pobres, pero ni nos dábamos cuenta. Pobres aquí claro, que no es lo mismo que pobres allá. ¿Usted me entiende verdá? Teníamos las pocas porquerías que nos habían regalado por ahí, donde los curas, o que habíamos recogido en la basura. Porque aquí (antes mucho más que ahora, que no de balde estamos en recesión), la gente bota las cosas usadas a la basura, a veces con muy poco uso, los muebles casi nuevos, otras veces claro unas mierdas. Y cuando nos juntábamos, y eso era cosa de casi todos los días... (El hombre se pasa la mano por el pelo).

Era tan natural que nos llamáramos por teléfono casi todos los días, que nos avisáramos si había un especial sobre Chile o Latinoamérica en la televisión (algunos ya tenían). Y nos quedábamos a la salida del cleaner a eso de las ocho o diez, depende de la estación, conversando un rato en la parada del bus, si no hacía mucho frío, y mirábamos pasar a las gringas, si pasaban, tan dinámicas ellas, y algunas tan bien hechas, pero con un desplante que era a la vez la más absoluta indiferencia (como diciendo: miren huevones, que ni nos arrugamos. Estamos muy familiarizadas con las miradas masculinas, después de todo, hemos tenido sexo desde los doce años. Easy does it). Pero eso lo sabe uno bastante después. Y el hombre flaco se queda un rato mirando para adelante, sin hablar, como tomándole el gusto al español, mientras el otro se nota muy ansioso por intervenir, los ojillos dándole vueltas en la cara regordeta, mientras la camarera siria o libanesa se pasea por aquí por allá en el fondo del boliche.

...Y sinó nos metíamos a cualquier café que hubiera cerca y nos tomábamos un par de cervezas, todavía no tomábamos tanto café. (El hombre delgado mira la taza). No sé si será lo mismo por allá, de donde viene usted. En Chile la gente no toma, o no tomaba, tanto café. Hablábamos de todo, mire, de política, que a la postre era lo mismo de siempre, es decir, que

el problema no cambia, o cambia poco, incluso usábamos las mismas palabras. Además hacíamos comparaciones, que si las chilenas eran más ricas, porque a uno le gustaban las mujeres más llenitas y algunas gringas parecían palo de escoba, de que las latinas no eran tan putas, que no habían perdido la coquetería, especialistas en no entregar nunca el monito y hacerse las sorprendidas: “Oiga, ¿y adonde tiene la mano?”. Una amiga chilena, no mía, de mi ex-señora, me decía por esos años, cuando estábamos casi recién llegados, que a las gringas no le parecía una fiesta completa si no se agarraban algún fulano, de preferencia un compañero latino para llevárselo a la cama. Y el hombre se vuelve a pasar la mano por la frente en un gesto que ya se ha hecho característico, y que es como decir “Que le vamos a hacer. Después de todo ya son diez años”. Se acuerda de la mujer, casi una niña, rozagante y alegre, emitiendo con soltura sus opiniones sobre las gringas, y la compara con la mujer sola y amargada de cinco años más tarde, que sólo guarda de ese entonces la greña desgredñada, que le hace la rastro en cualquier fiesta o mete conversa sobre el feminismo a ver si puede interesar a algún varón disponible, quizás para esa misma noche.

Y el otro entonces interrumpe, como comido por una urgencia que es también una desesperación: (Sin saberlo, a lo mejor

siente que puede que se esté mirando, como va a ser él unos años más tarde), “Mire cumpa, lo que yo quiero saber es si me vas a poder una manito para organizar esta cosa, que la estoy viendo un poco floja, comprendés, y hay que hacerlo bien en este momento en que la cosa parece que ya se viene y el imperialismo se está mostrando tal como es, está dejando a un lado todas sus caretas, es urgente hacer comprender la situación al pueblo canadiense, tienen que hacerle ver a su gobierno que tiene que protestar, oponerse enérgicamente a la intervención estadounidense en América Central”. (Todo acompañado por profusión de ademanes de las manos, regordetas, firmes, que por un instante han dejado de estrujar Las Venas Abiertas de Galeano).

Y el otro sigue: “Y como le iba diciendo, allí nos juntábamos a discutir. Me acuerdo que por ese entonces una compañera se compró la primera radio de onda corta de la colonia y se lo pasaba escuchando y siempre que pescaba algo interesante sobre Chile en la radio Moscú o la BBC de Londres pasaba el aviso y nos llamábamos todos por teléfono y formábamos una verdadera cadena y en una hora sabíamos todos...”.

—Pero lo que tenemos que conversar hermano es ver cómo se me va a poner usted en la cosa, yo también tengo un montón de

historias que contarle, estuve dos años en Honduras mi compañera está por allá en Europa. Otro día podemos conversar largo con un par de botellones...—

“quizás a usted le parece que me ando corriendo, o que me estoy yendo por las ramas, perdone, pero no tengo mucha oportunidad de hablar español con un latinoamericano y como que estoy aprovechando la oportunidad. Ahora que me fijó está leyendo a Galeano, ¿Qué le parece?”

—Sensacional, jodidísimo, este libro lo había escuchado de mentadas. Un cumpa de nosotros (mío y de mi compañera), que está en Francia. Ella. Siempre nos hablaba de él, que lo había conocido en Uruguay. Dice que es un tipo muy joven, casi de la edad de nosotros. Al cumpa ese lo encontraron una madrugada en la calle, poco después de lo del arzobispo, lo habían casi cortado en pedacitos...—

“Al hombre yo lo conocí también cuando anduvo por aquí hará cosa de unos dos años, en un coloquio que hubo en Toronto. Parece que también escribe poesía. Yo le preguntaba del libro porque cuando yo llegué por acá yo era un poco empelotado en la problemática de Latinoamérica, no la política, la historia, la cultura, eso, y aquí como quien dice descubrí a Martí y a

Mariátegui. Me acuerdo que cuando estaba estudiando inglés en el Algonquin (que era donde daban antes los cursos de inglés como segunda lengua) me iba en el brake a la cafetería a leer a Martí. Allí era donde estudiaban inglés los inmigrantes antes. Y todos me miraban como bicho raro. Después empezaron a llegar unos de Vietnam, y había algunos de la Europa del Este. Se armaban unas discusiones. Pero el resto puro a hacer plata, América. ¿Se imagina compañero cuánto tiempo se gasta leyendo a Martí? No sé cuántos volúmenes las obras completas. Pero si usted me preguntara ahora, lo único que le puedo decir es que le contestaría puras generalidades. Me acuerdo de una minita (así decimos nosotros una niña joven. Una mujer es una mina. Porque las minas lo minan a uno. Un chiste). Ella estudiaba allí otra cosa, alguna carrera técnica, el Algonquin es como un colegio técnico, vocacional. Ahí llegan los cabros que les va mal en el liceo. Y nosotros. Ella era medio conocida con el argentino. Siempre se saludaban. Yo llegaba a la hora del brake a la cafetería y ya estaba ella, flacuchentita, clarita, sentadita con cara de pícara, y no me sacaba los ojos de encima. Una vez que yo pasé le dijo a las otras minas del grupo que andaban siempre con ella algo así como que me iba a lanzar a mí una mirada con cama (en inglés claro)... El asunto... espérese, a eso voy ahora, no se me apure. Y así dicen que los centroamericanos se toman las cosas con calma. Dígame ¿Es verdad que en

Costa Rica hay unos letreros por todas partes que dicen Qué Apuro Hay?”.

—Pero si ya le dije hermano que estuve en Honduras...—

“Bueno. Yo siempre llevaba un libro de Martí, uno de los tomos, y me instalaba delante mientras comía, hasta que un día la cabra se cabreó de hacerme ojitos de lejos y parece que se puso a tirar con el argentino...”

(Y el hombre flaco se levanta. Lleva una tenida muy corriente, unos bluyines y botas claras de cuero, de caña alta. Por el físico parece un quebecois, seguramente viene de Santiago, lo del parecido no le desagrada en absoluto, pero es lo suficientemente astuto como para no propagarlo. Algo del ambiente o el clima se le ha pegado en los gestos, una cosa pausada, una ausencia de brusquedad. El otro en cambio es un gordito, blanco de cara, sin dejar de ser según los patrones norteamericanos, moreno. Pero según los patrones latinoamericanos, blanco, indiscutiblemente. Los bigotes medio rojizos lo hacen merecedor a otros calificativos. Rucio le dirían en Chile. Catire en México. Chele en El Salvador. Siempre viene al mismo café. Algo se le debe haber quedado de la costumbre de tener puntos en los cafés. Si uno piensa en los países centroamericanos,



convulsos, pero con una población cálida, conservadora y expansiva, en ebullición, comienzan a aparecer ese tipo de pormenores. El hombre suele levantar la cabeza cuando ve o siente entrar a alguien, a ese mismo café, o a cualquier otro sitio. Cuando alguien pasa cerca, con un esbozo de sonrisa medio colgando en los labios gruesos, un asomo de comunicación en los ojos, gestos que se quedan medio inútiles, disolviéndose en la cara al no encontrar una respuesta, empleándose en este café a veces en la mesera o la cajera, árabes, seguramente libanesas. La camarera sobre todo, que es una hembra morena, de ojos, pelo y dientes preciosos, como muchas árabes jóvenes. El hombre flaco que a su vez es bastante más viejo que el otro y se nota, piensa mirándolo en este fenómeno del café y los motivos de su elección como lugar de reunión. Piense también en los puntos en Chile, en el invierno que ahora, visto desde aquí, parece comparativamente tibio, pero que se sentía frío y húmedo. Los puntos en los cines y en los portales, las plazas, las iglesias. Pocas veces en los cafés. Piensa también que el otro se viene siempre a este café, descuidando cualquier problema posible de seguridad que pudieran ellos arrastrar hasta aquí desde allá, desde la guerra. Al mismo café, anunciando la hora por teléfono, porque a lo mejor quizás de alguna manera entre estos árabes se siente un poco como en su casa, así como la muchacha que atiende las mesas debe ver algo también

familiar en ese joven macizo, colorado, lleno de vitalidad y de poblados bigotes, cuya camiseta de franela asoma por debajo de la camisa listada y cuyas manos de dorso velludo lo asimilan a los árabes, parecido que seguramente la muchacha asimila y reconoce, pero de una manera implícita).

—Mira, a mí me pasa un poco lo mismo con el Galeano, no me acuerdo más que de las cosas generales, y lo ando leyendo todo el tiempo, mira...—

Pero el otro interrumpe: “Pero por allí andamos topando. Como usted sabe, llevamos bastante tiempo por aquí. Cuando usted me decía compañero la otra noche (en la fiesta de los coños, se acuerda) que la vuelta había que ganársela... O sea que... perdóneme, pero nosotros a estas alturas... siento que con usted tengo que ser franco. Total, lo que usted pueda repartir por ahí no tiene ninguna importancia. Aquí no somos lo que se llama nada nosotros. Allá por lo menos se nos da un poco de pelota, por algo es que estamos aquí ahora. Yo le puedo conceder que quizás estamos medio adaptados aquí nosotros, porque llegamos antes, pero vaya a preguntarle a cualquiera y le va a decir muchas cositas...”

—Mira hermano nadie los está acusando de estar adaptados o no adaptados, cosa que no tendría nada de raro, después de

diez años un poco de adaptación tiene que haber, además que no lo voy siguiendo muy bien...—

“Lo que le puedo decir es que si me va a hacer traducir esa tremenda declaración y con toda esa terminología y va a amontonar unos discursos y unos videos y unos saludos vamos a terminar siempre los mismos asistiendo, los mismos de siempre, más quizás unos cuantos gringos radicales, todos aburridos y yendo como por obligación. Usted tiene por ejemplo a la Juana, que no sé si conoce, que le mataron al marido y llegó aquí y estuvo como cuatro años trabajando como con cinco reuniones por semana en la Agrupación y ahora se pegó la palmada y no quiere saber nada...”

—Es que a la compañera a lo mejor, seguramente, le faltó siempre un poco por el lado ideológico, me comprende, muchas mujeres se van detrás de por donde el marido va...—

“Pero si usted mismo me estaba diciendo la otra noche, en la fiesta, que lo que nos había jodido a los chilenos era que había demasiados intelectuales y que cada uno opinaba por su cuenta y ahora me viene a decir en el fondo que la compañera se cabreó porque es proletaria, déjeme decirle, déjeme que le pregunte algo, después lo dejo que hable toda la noche si quiere...”

(Y se va haciendo tarde, y las tazas de café vacías se van juntando sobre la mesa. La niña que sirve deambula en el fondo del café, esperando seguramente que los tipos se vayan para poder cerrar. El tipo flaco se queda callado y se lleva de nuevo la mano a la cabeza, pasándosela por el pelo, pero un poco más rápido, más violentamente, poniendo la misma mirada medio ausente, pero un poco más fruncido el entrecejo. Al bajar la mano y ponerla sobre la mesa, una mano acostumbrada a manejar cigarrillos, revolverse nerviosa en los bolsillos, hacer monos cuando se habla por teléfono: caras, números, paisajes completos, guirnaldas que se iban complicando... Bueno. Se mira la mano que se agita nerviosa, examinando con aprensión las señales de desprendimiento del pelo, un cabello que se hubiese quedado pegado en la mano, ya está en edad de preocuparse un poco más de los pelos que le van quedando: “los cuatro pelos que me van quedando”. Pero sobre todo lo que empieza a cobrar más peso es una cierta insatisfacción. Ayer nomás era como tener una infinidad de días por delante, y de la noche a la mañana se tiene una sensación como de crepúsculo, de que queda muy poca luz y hay que apurarse. Casi todas las cosas de que uno se acuerda como que se hicieron a medias, a medio morir saltando, o no se hicieron porque no se quiso, o por miedo, como si todos no nos fuéramos a morir más tarde o más temprano, claro que esa argumentación nunca sirve, o

sirve a nivel de los libros, no a nivel de la vida. O porque no se pudo, o quizás se hubieran podido hacer, pero sobre todo las que ya no se van a poder hacer, y lo que pudiera hacerse para poder tener otra vez la posibilidad de hacerlas, ya que las cosas que se hicieron y salieron mal, salieron mal no más y ya no molestan. No se nos salió un pedazo y toda la baba que segregaban cuando estaban irresolutas se secaba y no dejaba señales, pero esas cosas como que se visualizan muy tarde, y confusamente en la imaginación se comienza adolorido por algún recuerdo digamos personal, una niña con uno, con un fondo de calles céntricas, brumosas y luego esta imagen se confunde o trasmuta en una visión semiapocalíptica con intervención de masas y uniformados, con ruido de aeroplanos. Como si llegando cierto momento las historias individuales se mezclaran o atravesaran con la colectiva, esta última con **H**, si el español pudiera hacer la diferencia entre ambas, que el inglés si las hace.

Mientras que el otro, posee una avidez deseosa en los ojos, mira ávidamente las ancas de la camarera árabe (y quién no). El hombre flaco se acuerda de que la segunda relación que tuvo en este país fue con una niña árabe, libanesa, que había sido periodista en el frente en una de las guerras, cuando los sirios exterminaban a los palestinos de los campos (esa vez

estaba armado así el naípe), por los años 76-77. Ella trabajaba sin visa de residencia en el café de uno de sus tíos y se llamaba como una de las esposas de Mahoma. Sin embargo, el mero recuerdo de una mujer análoga a la que el otro tan intensamente parece desear sólo es una comprobación del abismo que los separa: esa hurí despierta en el hombre flaco el recuerdo de una experiencia en su momento intensa, el otro no tiene sino un horizonte abierto lleno de posibilidades y temores, y esa misma mujer es para él lo nuevo, un objeto de deseo que puede que nunca llegue siquiera a poseer parcialmente, pero si el hombre flaco se acostara (teóricamente hablando) con ella, sería una experiencia más y la repetición de una experiencia. Algo así como el castellano fresco y centroamericano que habla el otro, lleno de la titilación de una lengua que en su medio natural crece como una parra, echando zarcillo tras zarcillo, frente al español sureño de Chile, ya de por sí parco, y más encima y como si fuera poco petrificado y esclerosado aquí, por tanto tiempo sin nueva savia, haciéndose vicioso y pesado como las relaciones siempre repetidas y mutadas como en un juego de dados con los miembros tan finitos de La Colonia.

El otro, el gordito, ahora se remanga las mangas de la camisa listada, de cuello, elegante, y luego la camiseta, de mangas largas. ¡Cómo deben sufrir estos con el frío! Ávido de todo, de saber,

de tirar (y quién no). Pero el hombre flaco no se atrevería, le daría plancha conversarle a la minita, con esa media sonrisa del otro, cualquier cosa, casi sin saber inglés y con todo el cuerpo. Como si la vejez, o la adaptación, o la adaptación a la ciudad inglesa—un proceso bifacetado—consistiera en irse quedando un poco como abstracto.

El otro, en mangas de camisa, es más cómodo, más abierto, más plantado en el mundo. (Y en esto el flaco tiende a la extrapolación): Quizás sí se deba el fracaso de la revolución chilena a que hay muchos intelectuales. Es esa facilidad de trato con las cosas, quizás, lo que da al centroamericano el dominio sobre las circunstancias históricas que conduce a los movimientos revolucionarios).

“No, na que ver con eso. Aunque le parezca mentira, la sociedad más matriarcal es la chilena. Lo que pasa es que la compañera se cansó de andar hueveando en reuniones y al cabo de no sé cuantos años de lo mismo nada: igual cero. A muchos compañeros que llegaron por acá les pasó que pasaron de la posición política a la cháchara, a una defensa contra el medio, a un intento ciego y desesperado de seguir siendo algo, como le dijera: Yo soy lo que transmito. Como si hubiera resucitado Descartes y dijera “Trasmito luego existo”.

—Mire cumpa, yo creo honestamente que lo que le pasa a usted es que se me está poniendo medio gringo, si nosotros tenemos un llamado que hacerle a este pueblo, carajo, lo que pasa es que aquí la gente no está informada y hay que hacerle conciencia, tenemos que denunciar la intervención imperialista, las violaciones a los derechos humanos y promover una vasta solidaridad, no sólo con Centroamérica, sino con toda Latinoamérica, incluyendo a la América del Sur, incluyendo, cómo no, a Chile, Argentina, Perú, el Uruguay, países todos que están viviendo sus procesos, todos con sus particularidades, pero que obedecen a una misma causa, a un mismo proceso, me entendés...—

(Y está muy acalorado, y el otro se empieza a encoger en la silla, aunque le gusta la discusión. En Chile hay un dicho. Cuando llega alguien a la casa, o cuando dos amigos se juntan se dice “Asiento y conversación gratis”, y en el Handbook sobre Chile se dice que el chileno es un ready conversationist. Pero lo que no tiene aburrido es el mismo tipo de conversa a través de los años, y el interés amaina. Si al menos a uno de los dos le quedaran cigarros. Y mira hacia la caja a ver si ahí venden, y se encuentra con los ojos negros, grandes, brillantes de la cajera, que le sonrían, seguramente por su tipo francés (eso cree) y (también cree), porque la gente de digamos,



procedencia étnica, está siempre lista a allegarse de una manera u otra a los blancos. Es como algo que uno leía antes en Chile, sobre Norteamérica, la joda es que aquí no se puede cerrar el libro. El gordo goza de la conversación y disfruta hasta de su rabia, y se estaría horas (como alguna vez lo estuvimos nosotros) hablando de lo mismo.

Y el hombre flaco quisiera decirle que en realidad sí, que está muy bien, que tiene toda la razón, toda la puñetera razón hermano, patita, cumpa, lo que sea, pero que lo que nos está fallando hermano es otra cosa, ni siquiera los cojones, es que si fuera posible que usted lo dijera de otra manera, un poco distinto, como cosa nueva, o al revés, un poco como habla toda la gente, o que nos pusiéramos quizás sin más ni más a ultimar detalles un poco más concretos, total el acto lo tienen a comienzos de la semana próxima, qué se le va a hacer, que esta vaina, como dice Emilio, ya se la ha tragado uno por lo menos durante diez años, contando los puros años aquí afuera...

Y es más lo que está sintiendo que pensando mientras deja que su entrecejo se vaya frunciendo otro poco, que este es latino y uno puede dejarse ir, y finalmente lo que dice es otra cosa): “Mire compadre lo que me está diciendo lo conozco de más y me lo sé como le dijera de memoria, no se crea que porque no le sigo mucho la corriente no me doy cuenta de las cosas.

Además a los gringos no les va a poder pasar esa película ni traducida, aquí sólo va a poder sacar algo si vende dos tipos de pomada, como dijo una vez uno de los gringos del Comité, con bastante humor para ser gringo, aunque no tan raro, ya que al final resultó que era irlandés: Usted o vende sangre (blood), y les habla de tortura, desaparecidos, violaciones de derechos humanos en general, o bien les ofrece desarrollo (development), y me trae a lo menos su proyectora de diapositivas (;?). Bueno, transparencias, filminas, o como coño les quiera decir y muestra su show con niños campesinos aprendiendo a leer en escuelas a la vez fruto de la autoconstrucción, fruto de las donaciones tax deductible de los espectadores mismos. Por ejemplo, esa onda agarra harto por aquí. Ahí tiene por ejemplo Nicaragua. Si allá se limpiaran el poto con corontas, porque no hay papel, a los tres meses andarían unas gringuitas de lo más ricas dando conferencias en los medios progresistas sobre las virtudes higiénicas de las corontas...”

—Mire compita, que con algunas cosas no se juega, yo reconozco que usted tiene más experiencia que yo pero eso no le da derecho a jugar con ciertas cosas con las que ningún revolucionario puede jugar—. (Y el hombre gordo se está poniendo colorado y acciona con las manos, al elevar el tono de la voz ésta se le pone un poco filuda y el otro es conciente de esto, como

se dice en Chile lo cacha. A todo esto el flaco agacha un poco más los hombros sobre la mesa, hunde un poco más la cabeza, el largo cuello entre ellos, como si los brazos fueran las alas y el cuello y la cabeza el cuerpo de un pájaro que toma impulso así, cerca de la tierra, las alas en contacto con la tierra, para levantar el vuelo, o mejor, para capear el viento. Lo cacha, con esa debilidad de la voz que se adelgaza “soy miedoso”. “Te pillé huevón”. Porque la verdad es que es fácil conocerse, porque él también es miedoso, y si no fuera miedoso, entonces a qué se había venido a huevear aquí, con los amigos muertos en Chile, a qué se iba a quedar hueveando por aquí, ahora que la gente estaba volviendo de nuevo a la pelea. Eso ni lo pensaba. Con eso se despertaba todos los días...).

—Y no hay derecho a reírse de algo tan... sagrado, aunque yo no creo en Dios, como lo es la sangre de los compañeros muertos en la lucha, o torturados por los esbirros, sobre todo nosotros, los que estamos acá y no estamos luchando en el frente que es lo que deberíamos estar haciendo—. (Y el flaco no puede saber que el otro está tan seguro quizás solamente por fuera. Desde que llegó le parece que se siente siempre un poco mareado, esas extensiones grises y blancas, interminables, y la gente, y las costumbres tan distintas, y esas mujeres tan altas, tan claras y tan lindas (algunas), que unas veces ni te miran (no te ven)

y otras te sonrían con toda la cara, y un poco con todo ese despelote de acostumbrarse al clima, de conseguirse donde vivir, de arreglar la situación legal en el país. De acostumbrarse de a poco a vivir en un medio que es como un acuario, en que un idioma que uno casi no comprende es una especie de silencio. Y llegará el día en que paulatinamente ese mundo se va a comenzar a iluminar, primero de a poco y luego más rápidamente, a medida que se descifra el entramado del lenguaje y las costumbres. Los ojos y la mente del centroamericano están, pese a todo, abiertos y ávidos, hay un deseo intelectual y también sensorial, físico, de apropiarse de todo este mundo, esas mujeres, esos libros “Si vieras estas bibliotecas, coño”. Antes de irse de vuelta aprender algo. El conocimiento y la experiencia es una virtud marxista. No lo es (cree el flaco) el petrificarse detrás de un discurso que es un ritual, en un medio extraño. Recuerda el gordo sus lecturas: Trotzky, planeta sin visado. Lenin yendo a las bibliotecas en Londres. Tío Ho estudiando en Francia.

Y algo de eso el flaco lo adivina, parece que lo puede adivinar en el otro, casi las mismas cosas que cuando él llegó, la voladura que le duró por meses, la gringa con que se metió apenas llegado. El misterio insondable de las puertas de la biblioteca de la universidad, que se abrían solas, la generosidad y

simpleza de la gringa, y al mismo tiempo esa incomprensible e inabordable distancia, su modo de comunicarse con miradas y sonrisas, sin poder hablarse casi, desconocedores del idioma. Su modo al comienzo tan chocante de pagarle el consumo en los boliches, de sacarse la ropa tan fácilmente, de llegar ella en su auto y llevárselo al campo en septiembre, de colores tan abigarrados que dolían los ojos, y devolverlo en la tarde en la casa, casi muerto. Y bueno, el otro debe estar comenzando con lo mismo, anda con las pepas así de grandes, si ya hemos visto a tanto nicaragüense (antes), guatemalteco, argentino y chileno, y no es cosa de ponerse bravo y pelear con el compañero, porque aquí hay algo en el clima que lo pone neurótico a uno, y a veces las cosas que se hacían por convicción y pasión terminan haciéndose por aburrimiento, por tedio, esperar las llamadas telefónicas y las cartas que puedan aportar el brillo, la noticia decisiva de Chile en el boletín de la mañana un día cualquiera, que no llega nunca, no resignarse y botar la esponja y resignarse (no se a qué). Entonces, no dejarse llevar por la afirmación de las propias opiniones contra viento y marea porque aquí no estamos en Chile o en Centroamérica, y el ganar una discusión ni siquiera nos afirma el ego, ya que Afuera las cosas que tienen ganas de volver a discutir una vez más. Antes, por Allá, hace diez años, las discusiones resultaban en algo, o si no resultaban en nada, al menos estaban como metidas en algo.

(Y dice): “No se enoje cumpa, que lo único que vamos a sacar aquí discutiendo es desgastarnos entre nosotros y esta pequeña discusión se reproduce en grande en nuestros países y es que por eso que el imperialismo después hace lo que quiere con nosotros y en realidad debo decirle: a santo de qué chuchas estamos discutiendo huevadas si en el fondo estamos de acuerdo y esta conversa se llamaba al principio reunión de trabajo” (y si solemnes o cínicos igual las cosas están como están y que si a uno lo joden o se jode en forma solemne está como más jodido y es casi mejor que cuando le llegue a uno al pihuelo uno pueda echar su tallita caída o salir con una cosita medio de gringos como el Pratt (¿Ha almorzado la gente?), y al comienzo éramos iguales, y me gustaría decirle (pero no me atrevo) que en el fondo in the back of the mind como se dice por aquí seguimos como se dice en la parada, aunque a veces se me imagina cuando veo como andamos, por aquí por allá...

## TE CONOZCO MOSCO\*

El tema de las relaciones humanas me ha interesado siempre. Una cosa que nunca ha dejado de sorprenderme es que no exista una ciencia que agote este tema, al menos en sus coordenadas fundamentales. Después de todo lo que define al hombre de la manera más esencial y básica es que somos gente, y bueno, tenemos que entrar en relaciones. Todo el mundo anda por ahí diciendo “Esta es una relación muy absorbente, o, Juanita y Pedro tienen relaciones”, y, como le escuché hace como un año a un tipo que hablaba por teléfono, en Montreal —yo estaba esperando mi turno para usar el aparato—: ¿Cómo va la relación con la Flaca?” Entre los chilenos hay una tendencia a ponerles sobrenombres a todas las mujeres: están los que hablan de “La Flaca” y los que dicen “Esta Niña”. No me detenido a considerarlo, pero parece que cuando la relación ya está andando, y se cuentan cosas episódicas a los amigos, o, más a menudo, cuando comienzan los problemas, se comienza con “Esta Niña”. Bueno.

Porque, a decir verdad, puede que uno quiera decir un montón de cosas, por ejemplo que es el trabajo lo que define al hombre, la praxis (¿Me va siguiendo?), o puede hablar, como hace una punta de años, de la condición de yecto, da—sein, la existencia que precede a la esencia, la Libertad, el Compromiso, o incluso puede sacar a Aristóteles a la palestra y decir que el hombre es un zoon logon politicon, que en griego quiere decir animal racional y político, aunque algunos, por allá abajo prefieren decir social y racional, ya que a muchos no les gusta la palabra político.

En todo caso, antes que todos los calificativos (o epítetos, ya que si se trata de atributos sustanciales o esenciales tiene que tratarse de epítetos), la realidad es que somos gente, y después lo demás. Lo que me molesta es cuando dicen, “Es una relación muy absorbente”, ya que parece que la relación sacara una trompita y te empezara a chupar. “La relación anda medio mal”, y hay que imaginarse a la relación, una especie de animal con un ojo grande, mirando medio de lado, como en esas caras hipócritas y femeninas de algunos cuadros de Picasso, caras sin frente, un impreciso animal gris, semitransparente; sus contornos muy difíciles de precisar, siempre cambiante y dotado de un número variable de tentáculos, de longitud diversa (ya parece que se ha dado cuenta de que estoy hablando de él y me mira de lado, con expresión casi furiosa).



Ese tipo, el de Montreal, no sabía que yo entendía castellano, o español. Yo estaba sentado fumándome un puchito al lado de donde están los teléfonos, y de repente comienzo a sentir la conversación “Cómo te va compadrito, que no nos vemos como hace dos meses”, y el tipo era grande, macizo pero ágil, muy bueno para gesticular y accionar, como si estuviera hablando en persona y no por teléfono, de bigotitos, se notaba que era patudo, encaramado con inconsciencia y facilidad por encima de los treinta y decía “Sí, es buena, buena. Me pegué un par de cachas pero se acabó la huevá. Había otro huevón de por medio, me comencé a meter en su vida amorosa... ..Una tremenda historia, otro día te cuento... ..Comí cualquier cantidad, por tres dólares se come cualquier cantidad en la Universidad compadre, no había comido nunca por aquí. La otra vez me llamaron de Chile”. Y es entonces que me levanté y me puse a caminar por el pasillo, que empezaba a alargarse y quedarse vacío, mientras la luz fluorescente aminoraba un poco su intensidad y sobrevenía algo así como un silencio y una sensación de cámara lenta, que es lo que me pasa cuando me pongo nervioso o me parece que va a pasar algo. Es un territorio poblado de fantasmas y azares, bastante impreciso, y que siempre se instala cuando se trata de mujeres, o de relaciones en general.

Llegué finalmente a la escalera y comencé a bajar de a poco. En el nivel inferior hay otra cafetería. Me acuerdo de

que la primera vez que entré a una cafetería aquí estaba recién llegado, andaba con un amigo, otro chileno, no me acuerdo el nombre, que me decía que eso ya se lo quisieran en un restorán bueno de Santiago. Bueno, allí había otro tipo sentado con una quebeca chiquitita, petite, como se dice en los avisos personales por aquí, una especie de versión seria del Cásese si puede de la Tercera. En Montreal no hay necesidad de cosas así. Un amigo español (ex), me decía que acostarse con una mina aquí es más fácil que salir a comprar cigarrillos (estábamos tomando unas cervezas en un café y se nos acabaron los cigarros). Yo no sé. El fulano éste de aquí era más o menos del mismo tipo del otro, del que hablaba por teléfono en el piso de arriba. Parece que me conocía de vista, y que me tenía como ingrediente en alguna historia, ya que levantó la mano como diciendo “me llegó al pihuelo”, mirándome de reojo. Seguramente le decía que yo me había metido en algún problema o que era el marido o el fiencé de alguna niña, seguramente francesa, con la que él se había metido. En esa forma que tienen los chilenos cuando cuentan o inventan sus aventuras, sobre todo a mujeres. Pero a lo mejor era una idea mía. Me senté en una mesa sin mucha luz, tomando un café, de a poco, y fumando, en un ángulo que me permitía tenerlos bien a la vista.

Había algo familiar en el tipo, y de pronto se me aclaró la película. Me acordé de que varios años atrás habíamos tomado juntos un curso beginners de literatura, o algo así—porque era en una ciudad de habla inglesa—o creative writting, era una buena manera de mejorar el inglés, decíamos, cuando todavía teníamos esperanzas de hacerlo. Al final no aprendimos nada. Pero me acuerdo que estudiamos juntos para un control. A los dos nos fue mal. Uno siempre tiende a conversar un poco después de las clases, era una de esas amistades de finales de clase. Siempre en Chile uno se quedaba discutiendo, después se iba a veces a tomar. Y aquí todo el mundo sigue cursos de cualquier cosa, para no aburrirse. Es que vista de afuera, en las revistas, en las películas, Norteamérica es una ninfa pelirroja, de faldas angostas siempre dispuestas a subirse, con ojos azules y muy vivaz. Como lo que llega por allá abajo es el brillo, las películas, el hueveo, la música, el look corporativo. Pero para la mayoría de la gente es muy otra cosa. Me acuerdo que teníamos unas Características del Cuento, por ahí anotadas; un suceso global y progresivo, escueto, la importancia del plot. Y el tema tenía que ser algo interesante. Como yo había sido profesor de filosofía eso me parecía como una receta para escribir westerns. Pero al tipo sí que le interesaba la literatura, aunque antes había sido algo así como mecánico.

Y ahí estaba ahora, hablando con la minita, medio ausente, mientras ella se notaba muy metida, quizás qué historias le estaría contando, viendo su mundo reducirse, quizás sin tener plena conciencia de eso, de una dimensión histórica, podríamos decir—que me represento como una especie de litografía grande, hecha por los vanguardistas rusos, llena de ángulos y masas desfilantes—a un vértice casi inexistente; el hecho de tomar café a esa hora, con esa minita, relatándole una vida reducida a sus líos con otras mujeres, sus sentimientos paranoicos hacia otros tipos siempre brumosos, siempre medio inventados, sus peleas con su mujer, dale que dale.

Quizás a veces, algo como una perplejidad se le asoma a los ojos y se queda un poco con la mirada medio en blanco, fumando con la cabeza medio agachada. Porque como se nota en García Márquez (las novelas sí que me gustan), las cosas dan vueltas y vueltas, y se van desgastando, y parece que no queda nada más, pero todavía queda para otra vueltecita, un restito ¿Me va entendiendo? Bueno, el tipo como formando con su cabeza el vértice inferior de una pirámide en que la base se perdiera arriba, en la vastedad y multiplicidad de la historia, pareciendo salir de su cerebro, abrirse desde su pequeñez de ahora hacia ese antiguo esplendor como un abanico, como una consumación, arriba, y una decadencia, abajo. Puede que una u otra vez se pregunte ¿Cómo yo que he pasado lo que he

pasado estoy metido en este tipo de cosas ahora? Y hay no una reflexión, como le quería decir antes, sino una especie de perplejidad ¿Soy el mismo? Y casi parece que tiene la intención de tocarse la manga, para ver si la siente entre el pulgar y el índice. Por eso habla medio distraído, y a la vez, como tirando anzuelos, segregando goma, a ver si puede mantener a la mina pegada otro rato, antes de irse fumando por la calle a su casa, o su departamento. A lo mejor está separado y está viviendo solo, después de haber hecho tanto chamullo, haber llegado con grandes ideas y haberse destacado, mientras la mujer tomaba con toda modestia su cursito en CEGEP, o en el Algonquin (eso en el lado inglés), sacando un diploma de secretaria, trabajando calladita todos estos años, mientras el hombrón aparecía por ahí en las asambleas, en las reuniones. Salió una vez entrevistado en un periódico, y la mujer empezó a estudiar el idioma y no se veía en ninguna parte y de repente sale separada y con una media pega, en otro círculo, y el compadre ya no puede hablar con el entusiasmo de antes. Claro que aquí, como cualquier tipo que sepa algo de comunicaciones puede decir, la cosa se da por ondas; los chilenos, los nicaragüenses, los salvadoreños (a nivel de Latinoamérica). Perdonando la expresión, a los chilenos ahora no les tiran ni peos, si no son estas minitas maometanas de Québec, que todavía se toman su café o se gastan su platita con un macho latino porque alguna vez

estuvieron en México o estudiaron en España, o están solas o estadísticamente les gustó el fulano nomás y punto.

En realidad, él estaba bastante emputecido con su mujer, decía siempre que era una arribista y que se había separado de él porque no podía darle muchas comodidades y que claro, como las mujeres son medio como animalitos, en su otro círculo había encontrado nuevas amistades y no había tenido ningún empacho en botarlo a la primera de cambio. Dejó de frecuentar a sus amigos de la misma edad, algunos había que eran unos tipos trabajadores, muy de su casa y que no se les conocía nada por fuera, ni antes ni ahora, medio cuadrados en la cosa política, que iban a cualquier acto por solidaridad, que habían llegado a limpiar pisos pero que cual más cual menos se habían rayado algo seguro por aquí y por allá. Empezó a encontrarlos fomes, y un poco ahuevonados, y que no eran muy inteligentes ni nada tan especial, con su seguridad, en sus casitas, claro que le provocaban su poqueque de envidia, aunque nunca se lo iba a confesar. Después, cuando empezó a meterse en rollos (como dicen los españoles), ya no se curaba con ellos, porque se lo quedaban mirando con algo de sorna y algo de distancia, y le decían a veces: “Deja a tu mujer de una vez”, o “arregla las cosas con ella” o “Si querís a la quebeca, ándate a vivir con ella y listo, se ve que a tu mujer no la

querís”. Y era peor con las mujeres de los amigos, ya que los chilenos siempre ventilamos las cosas en familia, ahí no había ninguna compasión. Y comenzó a evitarlos y comenzó a tratar de frecuentar a los cabros más jóvenes, que les gustaba más el hueveo, pero se notaba la edad, no le gustaba la música de ahora y al cabo de unos meses andaba verde, con una tos seca y el hígado hinchado, siempre cansado y con sueño. Esas cosas alguna vez me las contó, cuando seguíamos el curso de redacción en inglés, quizás pensando que después no me iba a ver más, como en realidad sucedió por esa época. Claro que como el medio chileno es chico, no tan chico como en otras partes, claro, pero chico, terminamos por encontrarnos de nuevo, es decir, en un grupo, no me acuerdo si era por una peña, un acto de solidaridad con los palestinos, o eritreos, a lo mejor contra el bombardeo de Yugoslavia. No sé. Ah sí, ahora que me acuerdo, era un cantante andaluz, o gallego, que lo traían algunas Universidades en gira, el tipo me saludó medio cortado, y me acuerdo que en lo primero que pensé fue “Qué gordo se ha puesto el compadre”, comparándolo alegremente con mi propio físico, que, como soy flaco, y no me castigo mucho, se me va acabando más despacito.

Pero en realidad, no fue por eso que habló conmigo, ya que ese tipo de confianzas se las hace uno a los amigos que tiene más a la mano, que son más íntimos, y a los cuales uno

les sabe sus caídas, cosa de tenerlos agarrados de ahí mismo si salen después con una indiscreción. Lo que pasa es que en mi horóscopo me sale siempre que las personas se me acercarán con sus problemas.

\* Publicado en forma virtual en El andén de los sueños y [Rie.cl](#)



## **EL ABUELO LEO**

### **(QUE EN PAZ DESCANSE)**

Desde las fotos amarillas del cajón de la cómoda nos está mirando tieso el abuelo, retaco, enfundado en el uniforme, al lado de Ibáñez y otros viejos conocidos. Mi abuela cuenta de cuando después de una reunión en la casa del abuelo y sus amigos ella se había ido al dormitorio llorando. Habían gritado “Socorro, mi coronel” y él había salido afuera sin pensar en nada y lo habían tomado y lo llevaron debatiéndose a un auto negro, las cosas que pasan ahora, que parecen nuevas, no son tanto. La abuela echada sobre el sofá muchos años después contaba que uno le había dicho desde debajo del lecho nupcial “No se asuste señora que soy yo”, tiritando de miedo el hombre mientras afuera los vehículos se ponen en marcha. Y se ven raros con esos uniformes anchos, mirándonos desde una mesa llena de papeles, en la fotografía. Todos eran masones y el abuelo tenía entre sus libros el Napoleón de Ludwig y una Vida de Lenín y los libros de la Annie Bessant. Desde que tenía doce años yo le sacaba los libros y me los iba

llevando a la casa, para leerlos y ahora el abuelo estaba medio inválido, con medio cuerpo muerto y la abuela iba botando poco a poco los libros porque decía que por leer tanta cosa rara le había pasado lo que paso. Los milicos de ahora no son como don Marmaduke o como el abuelo. Son más bien como El Caballo. Al abuelo lo habían echado del ejército pero le habían dado por fin la perseguidora porque le tenían un poco de miedo, parece y algunos ex compañeros de andanzas ocupaban puestos en la Academia de Guerra, casaban a las hijas con profesionales y dueños de fundo. El abuelo (me contaban) se jugaba las propiedades en el Casino de Viña y llegaba verde y furioso a la casa del hijo mayor que vivía en el puerto, en el Cerro Alegre y se ponía a hablar de teosofía y pobre del que le contradijera. Pegaba con el puño en la mesa y nadie se atrevía a hablar y una vez en l casa de mi tío a una señora que le dolía la cabeza él le puso la mano en la frente y le empezó a salir sangre de narices y a la señora se le quito el dolor. Al menos eso es lo que cuentan el tío y las hijas, que ya estaban grandes.

Y me imagino al tío de niño corriendo por el patio, alborozado, gritándole a la abuela “Mama, mamá, están disparando”. Los zumbidos como de abejas, pero más fuerte. Los niños corrían, sin saber si los tiros eran otra cosa que abejas, o pájaros, o fuegos artificiales, y la abuela les decía, moviendo los brazos “Para

adentro, niños, por Dios”. El regimiento se había sublevado en la madrugada. “Que se negaban a ejecutar las ordenes”, y no sabían que era eso de “las órdenes”, como en los libros de matemáticas del colegio cuando dice “rata por cantidad”. Pero se entraron y el abuelo salió como un rayo abrochándose el uniforme, hablando algo de los tiros y los niños y los ojos azules echando chispas, mordiéndose la lengua de rabia y el perro pegaba tirones a la cadena y ladraba, y no se veía a Renato, el ordenanza que era bajito y pelado y siempre sonriente, que le limpiaba las botas al abuelo. En los diarios viejos de la cómoda se lee el siguiente titular “Sofocada la insurrección del Valdivia”. Ellos vivían en la Población Militar. El padre de la abuela era joven cuando estallo la Guerra del Pacífico y era médico y peruano y no vio la línea de combate. No hacía distinción entre el bando de los heridos. Al terminar la guerra se vino al Norte y se casó con chilena. Tuvo varios hijos hombres y una niña que no mandó nunca a la escuela y educó por medio de preceptores. Cuando hacía visitas a los pobres del pueblo les dejaba en la mesa el dinero para las recetas. Murió en Santiago. Su mujer le siguió poco tiempo después.

Estas cosas circulaban y cambiaban en la familia. Yo no las entendí muy bien hasta bien entrados los dieciséis años, y los amigos del abuelo se juntaban a hablar de teosofía y hablar de

discos voladores y ya había varios que estaban enfermos y él los miraba a todos desde los ojos húmedos de su hemiplejía y cada vez hablaba menos hasta que no fueron más, o muy rara vez y por entonces murió Grove y cuando le contaron ya mi abuelo no sabía de qué se estaba hablando y los miraba a todos y sonreía. Había venido también del Norte. Entre Copiapó y Caldera se suelen ver mirajes que reproducen entera una ciudad, que está muy lejos, con gente y todo. Me contó la abuela. Al abuelo no le gustaba hablar de su familia. Decían que el padre era usurero. Mi abuela era la hija del médico del pueblo y antes de conocer al abuelo salía con un oficial de la marina inglesa, mercante, me imagino, que medía cerca de dos metros. Un turco que vivía en la casa que fue de la familia del abuelo se volvió misteriosamente rico. Distinguido siempre, mi coronel, a los veinticinco. Profesor de la academia de guerra. En las fotos se ve siempre de uniforme, o inclinado sobre mapas de campaña, con un puntero en la mano. Al fondo un tren. Nunca hablaba de la madre. La hermana, que no frecuentaba, vendía azúcar por paquetitos y hacía sahumeros en una casa de una cuadra de una población el barrio de Lo Prado. Murió de pulmonía. Le encontraron una fortuna en acciones y un cofre con chauchas y monedas antiguas de plata. El retrato del abuelo pegado en la parte de adentro de la tapa del baúl.

Fue cuando torturaban a Dávila cuando el abuelo se peleó con el Caballo. Lo sacaban de la celda y lo colgaban de los pies con la cara en el barro. Al poco tiempo murió de tisis. Eso para que no se diga que estas cosas son nuevas. A los maricones también los andaban tomando los tiras. Los turcos se enriquecían y los militares se la pasaban en fiestas. El abuelo enfermo y todo siempre decía por un lado de la boca que no hay peor gente que los tiras. Los amarraban, les metían los pies en bateas con cemento. Cuando se endurecía los tiraban al río. El abuelo no podía dormir en la noche, cuando lo de Dávila y los otros, y tantos, y los amigos llegaban a cualquier hora del día y se quedaban en el comedor, y la biblioteca o en el living hablando hasta tarde. Los niños se quedaban escuchando con la oreja parada detrás de la puerta y a veces los oían gritar. El abuelo—decía mi mamá—no podía dormir en la noche y la abuela le decía “Qué me cuentas a mí esas cosas, que culpa tengo yo”. Entre los que iban estaba don Marmaduke. Es el viejecito de la foto grande, muchos años después, el de la barba y el pelo blancos, crespos y como floridos. Pero a las finales hasta don Marmaduke dejó de venir.

Pero por ese entonces yo tenía mi primera bicicleta y me enamoraba de la primera niña rubia y nos cambiábamos de barrio. Traté de cortarme el pelo solo y miraba las fotografías del

abuelo, de perfil, retaco, con las orejas de lóbulo grande y la mirada clara, fría. Mi abuelo se conservaba bien, justo hasta antes del ataque, estaba sano. Caminaba todos los días hasta la Plaza de Nuñoa y leía libros de teosofía. Recibía muchos amigos, uno de ellos un viejecito, oficial retirado, con el bastón lleno de insignias, y a la señora Filipina. Pero el fulano que se escondió esa noche debajo de la cama de la abuela me dicen que no se apareció nunca. Nunca saludó a mi abuela por la calle y sí la veía se ponía rojo y cruzaba a la otra vereda. Antes no faltaba el día, dice mi madre, en que llegaran con flores para las hijitas del coronel, invitaciones a fiestas para las hijitas del coronel. Después que arrestaron al abuelo (que entonces todavía no era abuelo), cruzaban a la otra vereda para no saludar. Pero los masones se portaron bien. Nunca faltaron la plata ni los víveres. El coronel fue deportado a la Isla Juan Fernández, relegado, como se diría ahora. Pero siempre tuvo mal carácter. Cuando se enojaba salía a azotar al perro y una vez le cruzó la cara con una varilla de sauce al hijo mayor porque llevó unos amigos del colegio a la casa familiar donde vivían sus hermanas, por llevar tipos jóvenes a una casa donde había niñas mujeres. Mi mamá dice que cuando eran chicos los soldados se cuadraban cuando ellos pasaban a la escuela y les gustaba llevar a los compañeros a tomar té a la casa para que vieran eso y ellas les decían “Es que el papá va a ser presidente”. Pero pusieron al Caballo

Ibáñez y el abuelo lo gritaba y le hacía los discursos y luego de las discusiones llegaba un auto y un oficial con regalos para las niñas del Coronel y el Coronel no salía de la casa hasta que rodeado de automóviles iba El Caballo a convencerlo de que saliera. El abuelo decía siempre “este infeliz”, pero el infeliz lo tomó preso, lo mando relegar a Juan Fernández y después lo dieron de baja en el ejército. Yo leía los libros que le sacaba al viejo pero no entendía mucho. Yo estudiaba en el colegio. No era muy porro. Pero ni mucho ni poco. Lo suficiente, como todo el mundo. Empezaban a morirse los parientes viejos.

Cuando llegamos a la pieza que ocupaba la tía abuela—el resto de la casa estaba tapizado de una capa de huaipe, papeles, cubiertos y platos sucios. Según una de mis tías los arrendatarios ya lo habían revisado todo. Yo abrí un baúl viejo de madera y encontré paquetes de acciones y cartas de las compañías anunciando dividendos y las reuniones de accionistas. Una enorme cantidad de estampillas; una gran cantidad de chauchas de cobre y algunas de plata, cincos y dieces. Monedas antiguas y extranjeras incluso un dólar americano macizo. Un paquete casi nuevo de naipes chilenos y un libro de astrología lleno de marcas de lápiz rojo y las puntas de las páginas dobladas. Tarjetas de pascua recibidas desde el año 27, algunas fotos amarillentas de mi bisabuela, de moño y vestido largo. Un

revólver viejo, descargado, que imagino sería 22 y que mi tía me arrebató mientras yo lo examinaba (después supe que se lo dio a los arrendatarios). Un libro de cuentas del boliche. Varios cuchillos herrumbrosos de cacha blanca, de hueso creo, y atados de hierbas secas. Algunas medallitas de aluminio y bronce y otras cosas del mismo estilo que sería fastidioso enumerar. Por dentro, en la tapa del cofre, una imagen de unos veinte por quince de la Virgen del Carmen, a todo color y marco dorado. Fija en el fondo por una cinta de scotch que recorría los bordes, negra, grasosa, ausente en algunos sitios, una foto grande del abuelo joven, teniente, la cara pétrea y los ojos claros grandes e inexpresivos. Es cierto que por esa época yo era muy fantasioso. Leía mucho, andaba con libros en los bolsillos y cuando eran grandes los recortaba a punta de gilé para que cupieran y por varios años ni supe qué pasaba porque a veces incluso leía parado en las micros.

Ahora el viejo estaba inválido y ya no me obligaba a caminar cuarenta cuadras al día como cuando yo tenía 8 y ya no salía a matar animales—conejos o lo que fuera—cerca de Vicuña, donde tenía conocidos con fundo. A veces a la vuelta llegaba con bolsas llenas de paltas y papayas. Ahora llegaban los amigos a ver al Coronel y hablaban de platillos voladores y de la filosofía rosacruz mientras el abuelo los miraba sin hablar con sus



ojos húmedos y después ya no iban más. Algunos se morían y las amistades de la familia eran ahora ex empleados de banco y vendedores de casas comerciales. El viejo estaba inválido desde hace veinte años, volviendo a ser chico, olvidándose de todo, hasta del jardín que hay al otro lado de la ventana, hablando a veces con personas de antes. Pedía a veces la lupa y leía la misma revista, miraba las fotos amarillentas, de él mismo en uniforme, del Caballo, de bigotes y cara cuadrada, luciendo la banda presidencial. O leía las palabras que había escrito en los muebles, en el reverso de las fotos, hace como diez años atrás, como para no olvidarse de escribir, o como si estuviera empezando a escribir de nuevo. Y los otros, como hace tantos años, dicen, seguían parados en las esquinas, con sus bototos o sus tenidas flamantes, pero sin engañar a nadie, al aguaito, a la pesca de alguna palabra, de algún gesto, para mandar a otros relegados a otras islas, o hacerlos desaparecer, mientras las palomas se desprenden de las cornisas de la Plaza de Armas a caminar con torpeza por la calle.

## CALLE CON GAVIOTAS\*

Los pájaros volaban sobre la playa. Cuando chico le parecían enormes, pesados como plomo. Luego le dijeron: “Las gaviotas”. Gritaban, gritaban como la gente...

—Vamos a ver cómo salen las cosas esta vez. Vamos a ver si sigue la mala racha. Parece que no me reconoció. Pero el huevón soy yo. Siempre me olvido de que no se puede saludar. Además de pálido, parece como mareado andaba, mirando para todos lados, parecía que se iba a caer. Pero la cabra lo apoyaba, lo llevaba casi arrastrando del brazo. Va a pensar que ando asustado, que me ando haciendo el huevón. Pero a lo mejor lo andan paseando. Y si no lo andan paseando. Bueno. Ya pasó y qué le vamos a hacer...

Las caras se le abalanzaban encima. Los tipos apurados todos; unos gordos con cara de mandones; cabritas de liceo riéndose tomadas del brazo, dudando antes de correrse o echarse a un lado, señoras con carteras y paquetes, y tipos serios, de terno y portadocumentos. Era la hora de salida de la primera

vuelta de los rotativos, de los liceos y los oficinistas, que se aglomeraban en los boliches para comerse un sánduche.

Giraban y se detenían en el aire, antes de lanzarse sobre los mariscos, no muy adentro del agua, en la orillita nomás, para pillarlos antes que se metieran debajo de la arena, cuando pasaba la resaca. Se los llevaban para arriba y los tiraban en la arena dura, les rompían las conchas y se los comían a picotazos...

Tacos de autos y micros llenos, piteando como locos, echándose garabatos los conductores y haciéndose canastos. Los pacos aburridos en las esquinas, llenos de ropa, balanceándose como caballos amarrados a un poste. Un tipo prepotente le pegó con el hombro y lo lanzó hacia una vitrina que mostraba los tomos de la nueva constitución. Un tipo flaco, medio agachado, miraba las novelas de ciencia ficción, las manos en los bolsillos y un cigarro apagado colgando del labio.

Los pájaros, las gaviotas, gritaban como la gente grita a veces. Más que del viento tibio pero fresco, que del mar que descansa la vista y la cabeza, que las gaviotas, planeando con lentitud un poco más abajo que el sol, uno se acuerda de los gritos. Recién se da cuenta que lo que importa era eso, los gritos de los pájaros. Entonces no dan ganas de acordarse nunca más...—Uno nunca sabe. Es mejor pasar por maricón—”¿Y?, ¿Cómo andan las cosas?, ¿Ha tenido problemas?”.—Por qué

problemas?—Yo soy un tipo tranquilo, muy de mi casa. Nunca me metí en política porque la política hay que dejársela a los políticos—“Yo tenía entendido que usted era de izquierda.” —Bueno, uno siempre tiene sus ideas, ¿No le parece? Pero yo nunca he mezclado la política con el trabajo, como otra gente. Yo tengo mis ideas propias pero son mis ideas privadas para mí nomás—.

\*En estos tiempos hay que andarse con un cuidado. Fíjese que la otra tarde nomás vinieron a tomar a la señora que vive en la esquina de la casa, y eso que el hijo trabaja en Investigaciones y está muy de amigo con los pescados gordos de allá y a veces le mandan ahora un auto con chofer y todo para que lo vaya a buscar a la casa, y yo le decía siempre a mí comadre que esas cosas son para hablarlas entre nosotros y ni entre nosotros mejor pero era bien parada en las hilachas mi comadre y siempre alegaba en el almacén en las micros y además le gustaba mucho la conversa y siempre que había alguien a mano comenzaba con el tema”.

Se apuró. Había andado un poco pajarón, con tanta cosa dando vuelta en la cabeza. “Cierra la boca chiquillo, que te va; a tragar una mosca”, le decía la mamá. Faltaban menos de dos cuadras, pero a esa hora, con ese calor de mierda. Sentía la traspiración que le bajaba por los sobacos. Tropezó y al mirar al suelo vio una cajetilla de Liberty gordita. La pisó

para ver si estaba llena pero se chasqueó. Ya estaba al llegar y se ponía siempre nervioso. Tragó saliva y trató de pensar en cualquier cosa. El cabro joven apenas caminaba. Miraba la luz como encandilado. La cabra en cambio miraba hacia adelante con los labios apretados y lo arrastraba del brazo. Cambió de imagen. Las gaviotas, de nuevo gritaban, giraban arriba, cerca del sol. Otras despanzuraban peces en las rocas. Casi estaba al llegar. Se introdujo el diario en el bolsillo de la chaqueta. Pero no había nadie en la esquina. Titubeó unos segundos. Se acordó: “Pasa de largo y da una vuelta a la manzana, pero pasa por la vereda del frente”. “Espera cinco minutos y si no aparece rajai”. “Devuélvete al tiro y trata de tomar cualquier micro o métete a cualquier boliche”. En eso estaba cuando lo tomaron del brazo.

\* Publicado en *Literatura Chilena en el Exilio*, Volumen 3 N.1,1979 y en *Chilean Literature in Canada/Literatura chilena en Canadá*. Nain Nómez, Ediciones Cordillera/Ottawa Chilean Association, Ottawa, Ontario, 1982

## EN ESO ANDÁBAMOS\*

Ese día por la mañana, a eso de las doce. Yo andaba con el ángel. No andaba. Me parece que acabábamos de tomar un café con algo, un sándwich de tomate con tocino, una hamburguesa o algo parecido. Estábamos saliendo, ya casi al frente mismo de la puerta—o estábamos aún adentro: estaba bien helado, había nevado bastante, pero no me acuerdo de haber sentido nada de frío, entonces, no estábamos todavía afuera. El coño salió de repente de la nada y me tomó del brazo. `Qué haces hombre', con esa voz ronca, acostumbrada a la queja y la blasfemia. `Supe que llamaste a Clotilde, cabrón'.—Es que estoy buscando una amante—le respondí. El ángel, a su vez, se volvía a sumir en su inescrutabilidad y aparecía de pronto irreal y de repente se comenzó a borrar, quizás hasta disolverse en la neblina (de repente se había puesto nublado, y húmedo, y me empezaban a doler las piernas, síntoma de esa enfermedad nunca diagnosticada por los médicos). El coño estaba otra vez hablando de su infancia, de la miseria, de las mujeres con las

vacas atadas al pescuezo, que mordisqueaban la hierba de las calles de su pueblo natal. De vez en cuando me lanzaba una mirada furtiva, a hurtadillas, para ver si yo le iba creyendo. El centro se había vaciado, la gente que hace un momento tomaba un café con algo en los restoranes y aún los bancos, pese al frío, que no debe haber sido tanto, entonces, había desaparecido, y el vacío, como una máquina, o el vientre de una tortuga invisible se había aposentado en las calles, sobre los edificios. Y yo, desdoblado, conversaba escuchándome, cada vez más desganado, con ese hombre vil y generoso, que ahora empezaba a repetirme sus ofertas intrincadas y fantásticas, a las que yo accedía sabiendo la imposibilidad de concreción. Mientras el color dorado, la reciedumbre reconquistada de ese campesino se disolvía lentamente con la llegada del invierno, hasta quedar convertido en ese ente pálido, arrugado y delgado, furtivo y despreciado, astuto, que había conocido en estos últimos cinco (o diez) años. Me miraba como de costumbre en el escaparate de las tiendas, aburrido de esa presencia sin cambios, que no calzaba con mi propia imagen, nunca, la que yo me hacía de mí mismo.

Debo reconocer que esto último no es una percepción mía. Estoy acostumbrado por razones de trabajo a los juegos de espejos de Borges, a Lacan, incluso a las inversiones místicas y simbólicas de Guenón: Un árbol se ve reproducido en otro

plano como creciendo hacia abajo. Pero no me acuerdo del contexto de esa simbología, sólo de la imagen. Alguna vez la usé en un trabajo sobre Heidegger. En una esquina vi al flaco ese, uno de los tantos, como los gordos, los chicos, subiéndose a su auto europeo rojo, y me apresuré a hacer mis pasos más lentos, tomando de la manga a la silueta que caminaba conmigo, haciéndolo voltearse conmigo en cuarentaicinco grados y mirar una vitrina llena de libros, que había aparecido como por encanto. Vi adentro, en un rincón, una versión usada de la Historia de la Revolución Rusa, de Trotzky, marcada a seis dólares con setentaicinco, y me concentré en ella, la ilustración de la tapa, del tiempo en que los judíos eran revolucionarios, para tratar de evitar la tentación de mirar de soslayo hacia el auto europeo rojo, con la puerta ahora cerrándose lentamente, debido a la lentitud atroz del flaco para ejecutar cualquier maniobra práctica, y resistir la tentación de la vigilancia: ¿Con quién está? ¿Qué anda haciendo por aquí? O de saludarlo y meterme a conversar con él, ya que me sentía muy cansado y sólo quería volver a dormir siesta a la casa, a ver si soñaba, a ver si lograba hacer del día dos con una nueva madrugada, mejor que el empezado en la mañana, en la medida y sólo en que el traidor y la incalificable no aparecieran en mi sueño, como acostumbraban antes a presentarse en la casa, sin previo aviso, a cualquier hora, a contarme historias y hacer que



les sirviera café hasta altas horas de la noche, para terminar mirando el estante de los libros y sacar precisamente y para siempre el libro o el documento que precisamente pensaba leer esta misma noche, fumando, antes de acostarme. El libro, que yo recordaba haber visto impreso en otra editorial, en otro país, fumando otra marca de cigarrillos (pues estaba fumando ahora), ante otra vitrina, en circunstancias muy diversas que no conviene tratar aquí, dos tomos empastados, gruesos y caros. Este, en cambio, se notaba delgado y no aparecía ninguna indicación, ni en la tapa ni en el lomo, (ahora visible) de un número I o II. Hechas estas observaciones, me apersoné (como se decía por allá) al interior de la librería, luego de empujar una puerta de vidrio demasiado pesada.

En una mesita estrecha y larga, estaban dispuestos los volúmenes, todos de segunda mano. Un póster en la pared, identificaba a los responsables como pertenecientes a uno de los tanto partidos y grupos trotskistas. Ojeaba los consabidos clásicos, impresos en la unión soviética o la china. Abrí el tomo en cuestión, para encontrarme con una profusión de hojas muy delgadas, eran cerca de mil páginas, como de papel arroz, impreso en una letra muy chica y en un tipo anticuado. Al tomar una página, entre el pulgar y el índice, se notaban levemente; como una sombra, las letras del otro lado, lo que' dificultaría la lectura. Interesado por el bajo precio del libro, lo

sostuve en la mano derecha, mientras me invadía una curiosa debilidad. Pude fijarme en las dos personas que había al otro lado del mesón. El que mandaba el buque era un negro alto, macizo, con una casaca de media estación y un gorro de lana, más bien como adorno, todo de un color entre el verde y el gris, o algunas prendas de un gris verdoso. Pese a mi apariencia obviamente tercermundista, este sujeto, de mirada algo tímida, agachado un poco al otro lado del mesón, observaba sus grandes manos, en lugar de preguntarme, seguramente en un correcto inglés jamaicano, de dónde era yo, para terminar pidiéndome la dirección y el número de teléfono con la promesa de citarme a mítines y bailes de recolección de fondos, que nunca tenían concreción, al menos para mí. Había además una niña rubia, de blue jeans, alta, arreglando algo en la pared, con un potito mediano, pero casi bien formado, salvo por una leve tendencia a la forma cuadrangular. Entonces pensé en la situación del negro, seguramente un militante del montón en su país de origen, ya que en esa zona del caribe hay partidos grandes de izquierda, que había llegado a conectarse en forma más o menos casual con esta pequeña organización y a ocupar un puesto más o menos directivo, ayudado por una práctica casi automática que es el privilegio de los militantes tercermundistas (y de algunos países pobres europeos, parece, como los italianos), y el asombro maravillado de los radicales

frente al militante del tercer mundo. Algo le mandaba hacer a la rubia, pero en voz baja, como con una timidez o maravilla del no acostumbrarse todavía. Seguramente ya la manejaba sexualmente, como una cosa implícita, lo que suele ser un atributo natural del poder en algunos sectores de la izquierda. Yo por ese entonces, es decir, durante los últimos dos días, había dado en pensar que, ya que las relaciones que se establecen en una sociedad opulenta están erotizadas, por la misma naturaleza placentera del lujo, ya se trate de maestro—alumna, jefe—secretaria, etc., dicho proceso se daba aquí en forma más inmediata. —Claro que eso no se podía comentar en forma abierta en los círculos en que me desenvuelvo. Alguien manda una carta a otro país o al interior y uno queda definitivamente marcado, y luego tiene que pasar años haciendo méritos para quitarse la lacra de encima.—Limpiando pisos, siendo tratado como un convaleciente niño en las instituciones de ayuda al inmigrante, encerrado en su departamento, por mucho tiempo soñaba con las rubias opulentas y sanas, que en verano se sentaban con las piernas abiertas en los bancos del centro, o trotaban, los senos bailándoles debajo de la camiseta mojada de sudor o por las lluvias frecuentes. Nuestro amigo del gorro de lana acertó a pasar una vez por una librería radical (que se dice que está manejada por la policía) que queda en el centro. Está llena de libros sobre ecología, liberación femenina, dietas naturales,

derechos humanos, defensa de homosexuales, antipsiquiatría etc. Descorazonado se aprestaba a volver sobre sus pasos, cuando descubre un periódico de una organización trotskista (que tienen en todos los países el mismo formato), decide pagar los veinticinco o cincuenta centavos por el último ejemplar (ahora sabe que se entregan tres diarios a esa librería y que se ha logrado, como favor especial, que siempre haya sólo un número en los anaqueles a la vez). Esto último entra de lleno en los hábitos ingenuos de consumo que imperan. Esto no lo he pensado, sólo que me he dado cuenta. Ahora mismo, cuando examino el libro de Trotsky ya hay varios otros sujetos a mi lado mirando los libros. Es una experiencia que puede ser verificada. Los invito a pararse ante una vitrina o un mesón y examinar el contenido por un minuto. Aunque las calles estén vacías como ahora, luego empezarán a situarse personas al lado nuestro.

Bueno. Salgo por la puerta trasera de la librería, con el libro bien envuelto bajo el brazo, y me introduzco en el mundo subterráneo de los túneles y bóvedas de un enorme Centro Comercial, lleno de gente y de luces. Los jóvenes ejecutivos se pasean vestidos de terno, todos con maletines negros, mientras me convierto en una pura mirada que se marea y avanza. Las jóvenes burócratas de las oficinas gubernamentales que en algún lugar sobresalen altísimas hacia la superficie, como el 10

por ciento visible de un iceberg se paran frente a las vitrinas de las tiendas de ropa de mujer, atendidas por mujeres inmigrantes, generalmente morenas, impedidas de sentarse por las regulaciones internas de los establecimientos, y que disimulan su búsqueda de puntos de apoyo otros que sus piernas acodándose en los estantes y mostradores con una finura aprendida. Veo pasar a las secretarias de dos en dos, o en grupos, hieráticas y muy pintadas, de traje sastre. Es de todos conocida la imagen de amante que usan los ejecutivos medios de los departamentos bajo la nueva administración: Jóvenes, pero no mucho, alrededor de los treinta, sin hijos o con hijos, pero disponible, audaces en las reuniones sociales, pero implícitas y frías en el plano profesional. Los años recientes han traído de vuelta la imagen de la esposa como centro del hogar, acorde con el leve y persistente giro a la derecha que lentamente cambia la faz del continente. Así, la amante reina a nivel del rumor y el reconocimiento implícito brindado a los jóvenes lobos, y la mujer y los hijos reinan en la imagen de padre de familia. Una pareja madura surge del olor atenuado artificialmente de un supermercado. Al verme, la mujer le dice al hombre *'beware'*, y reconozco la necesidad inmediata de ponerme los anteojos negros.

Bajaba pues, como digo, por la escalera eléctrica que descendía hacia las profundidades de otros niveles, pensando

en cómo dar el paso final al final de la cinta, evitando tropezar, cuando reflejada en una vitrina al frente, veo la silueta rechoncha de la incalificable, no realmente gorda, ni tan diminuta, sobre sus frágiles tacos. Es que la posición mía al lanzar la mirada es bastante por sobre su cabeza, y eso naturalmente lleva a disminuir la estatura de los contemplados, un efecto análogo al percibido en la tina de baño, en las piscinas con olor a cloro, que realzan las dimensiones a lo ancho del cuerpo, que curiosamente en fotografías aparecen como bordes dentados. Al lado de la tienda de modas se abre una puerta lisa, cuyo zócalo es la misma muralla del local, amarillo, estrecho y profundo, lleno de jóvenes de chaquetas plásticas imitación cuero, sacando y mirando discos en una liquidación. La figura de la incalificable, observando con ansias (según sus más ocultos intereses) las nuevas modas francesas, se ve festoneada por un costado por un gigantesco póster demoníaco de Druillet, que me mira desde una boca fuerte y sardónica, desde cuencas clásicas vacías a no ser por un rojo fuerte, entre las precisiones barrocas y mecánicas del rostro.

Luego pasó un tiempo largo y nebuloso en que ya no supe más de la incalificable. Aún solía perseguirme su imagen, siempre actuante, siempre parlante, en sueños, en los que se me aparecía conversando sobre los viejos tópicos, del mismo viejo

modo. La boca siempre entreabierta, los ojillos brillándole en el amplio rostro. Tampoco supe nada más del coño, aunque relaciones también borrosas me dijeron que había perdido el aspecto saludable del verano pasado, y había vuelto a sentarse en la silla, al pie de la escalera, mientras seguramente lo miraba desde un cojín negro del living el enorme gato plomo, siempre a punto de hablar.

Entonces me lo imaginaba, tomando cerveza y fumando (yo también fumo al pensar en él, tendido en la cama sin hacer), dejando la cerveza en el suelo, subiendo la escalera y volviéndola a bajar, mientras habla solo y gesticula, debatiéndose contra sus propios—y más antiguos—fantasmas.

\* Publicado en *Chilean Literature in Canada/Literatura chilena en Canadá*. Naín Nómez, Ediciones Cordillera/Ottawa Chilean Association, Ottawa, Ontario, 1982

## SUEÑO CON GUARACHA\*

Había dejado de preocuparse. Ahora caminaba con soltura por las calles de esta ciudad enorme, todavía un poco nueva para él, pero ya familiar, cuyas dimensiones lo habían intimidado al comienzo cuando miraba los edificios, antiguos y cubiertos como de carboncillo, o nuevos, como construidos de cristal y oro, o plata, y del cielo que reflejaban. Pero se había ido acostumbrando: a la ciudad, a la basura y a los mendigos, al apuro de todos y a la manera esa que la gente tenía de mirar y no ver, a la indiferencia suprema, a los estallidos súbitos de locuacidad en el metro, como si algunos no pudieran aguantarse más y estallaran de repente, a la manera en que todo el mundo parecía no darse cuenta de esto y de otras cosas bastante más serias que pasaban.

Él tampoco se daba cuenta cuando pasaban ciertas cosas en el metro. Seguía leyendo el diario, si andaba con uno, o se quedaba mirando impertérrito hacia adelante, o estudiaba de reojo y sin que se le notara las piernas de alguna niña sentada



cerca, si es que había una niña y no había mucha gente parada tapándola, lo que no era muy difícil, ya que Tomás viajaba en el metro cuando casi toda la gente estaba en el trabajo.

Él era traductor en una compañía y trabajaba en su casa, y vi aunque lo hacía unos tres días por semana en el mejor de los casos, ni lo que pagaban por las traducciones, sobre todo técnicas, le permitía llevar una vida no lujosa pero sí confortable. Vivía solo con di su gato. Tomaba casi todos los días, al principio cerveza, después, n cuando se dio cuenta de lo hinchado que amanecía al otro día, se cambió al vino. Al comienzo se emborrachaba día por medio, pero con el tiempo aprendió a limitarse a una botella cuando mucho. Su experiencia con el trago fuerte le había enseñado que lo que tenía que tomar para poder quedarse dormido era mucho, tenía que fumar hasta que los cigarrillos le mataran la energía y al día siguiente tosía casi toda la mañana, andaba con la cabeza pesada y con dolor de garganta. Su médico le había dicho que su estilo de vida, demasiado sedentario, no estaba de acuerdo con su constitución física: a pesar de haber pasado la cuarentena, parecía que en los últimos años hubiera ganado en vitalidad. Siempre había sido resistente. No por nada se había gastado la suela de los zapatos por años vendiendo el Boletín en la calle, repartiendo panfletos, yendo a concentraciones y a reuniones después del trabajo varias veces por semana,' y, luego, con los

nervios a flor de piel y casi sin corner, cambiando de dirección todo el tiempo durante varios meses. A lo mejor era por eso, por su resistencia, o por sus ojos castaños y sus dientes blancos, grandes, perfectos, que sus compañeros de ese entonces lo había a bautizado como El Caballo.

Pero eso había sido antes, en otro mundo, cuyas noticias se saltaba inconscientemente cuando leía los periódicos y que entrevió ese mismo día en la estación del metro cuando una mujercita morena de sonrisa brillante, con un chiquillo imprecisable, todo ojos, colgado de la falda, le había preguntado en español si le podía decir dónde tenía que bajarse para llegar a la Central Station. “Mi no hablar hespañol” había sido su respuesta, y después se había puesto colorado, y la mujer lo había mirado por un instante, con algo que le pareció una mezcla de compasión e ironía. Pero había sido siempre un poco paranoico.

—Está bien, entonces.

Y ella se había alejado en busca—de alguien más comunicativo.

Esa noche soñó que estaba en una sala más bien chica, una especie de bar, no muy iluminado y con un o extraño, como el que uno siente vagamente en los corredores de los hospitales. La gente ahí, la mayoría, pare estar hablando en español, pero no estaba seguro de que estaban hablando, sólo podía escuchar

las frases rápidas, las eses, y las interjecciones, comunes en el hablar que; le era propio, con el que había crecido. Se había d vuelta entonces, enfrentando a su compañero, por había alguien con él, y había comenzado una explicación que asimilaba esas interjecciones con los *fucker* y *motherfucker*, tan usadas en este ambiente, como si estuviera todavía enseñando español en la Y, como en los primeros años luego de que había llegado, cuando por lo general terminaba en los pubs con algunos de sus estudiantes jubilados o viejitas, o empleados que iban a sus clases ya sea para escapar al aburrimiento y la soledad, a hacer nuevos amigos o a aprender un poco de español básico antes de hundirse por unas semanas en Puerto Plata, Cancún, Varadero o algún lugar parecido, y a quienes siempre explicaba con entusiasmo la situación actual en su país, cuando todavía le preocupaba. Y estaba comenzando a decirle a la persona, cuya cara no podía ver pero no importaba, que los “boros” que aparecían en los afiches en español del metro (era tiempo de elecciones municipales) eran en realidad “municipalidades” o “distritos”, que ese “boro” era una corrupción de *borough*, cuando, de repente, en un escenario pequeñito—que no había notado antes, apareció una mujer que estaba tratando de bailar un ritmo centroamericano del que se acordaba vagamente, y que, ahora se daba cuenta, se había estado escuchando en sordina. Era una guaracha, que él mismo había escuchado siendo

niño, pero a la mujer le era difícil seguir el ritmo, levantaba pesadamente los pies, tenía las piernas rígidas y los ojos parecían tan fijos, clavados hacia adelante. Era obvio por su cuerpo casi sin cintura y un poco gordo, por su estómago, que no era—una bailarina profesional o una estriptisera, a pesar de estar desnuda, bailando en el escenario. A Tomás le dieron ganas de levantarse e irse, pero no podía, era como si estuviera pegado a la silla. En el suelo había colillas y escupos, y los hombres habían comenzado a alentar a la mujer para que bailara, para que levantara un poco más las piernas, para que mostrara lo que era bueno, y la mujer miraba hacia adelante y parecía no ver ni escuchar, y un hombre gordo, su silueta recortándose contra el vago fondo, se había parado y le había gritado algo a la mujer mientras los otros se ponían más vociferantes:

—Baila, puta, cabrona o te meto ésta por la concha.

Y el hombre gordo había sacado una pistola. Y Tomás fingía no ver, no darse cuenta, a pesar de la transpiración que le corría por la espalda, por los sobacos. Y el hombre que estaba sentado a su lado le había dicho:

—¿Qué pasa que está tan serio, mi amigo?, ¿es que no le gustan los números?

Tomás trató de levantarse, pero estaba como pegado a la silla, y, cuando las otras caras imprecisas empezaron a volverse

hacia él y una voz comentó divertida: “Bah, tú estabas aquí también”, él se dio cuenta de que estaba en la Casa de la Risa.

—*The House of Laughs* -tradujo su compañero de mesa tomando un trago de su cerveza.

Tomás gritó y se demoró mucho rato en arrastrarse desde el pozo del sueño hasta su cama, donde quedó jadeante, cubierto de transpiración.

Y desde ese día Tomás evitó más aún ir a ciertos distritos, se compró un fax y ya casi no necesita salir a la calle para trabajar. Tiene el computador conectado con las bibliotecas de las universidades y hasta con la del Congreso. Casi no lee los periódicos y, en general, ya no mira las noticias por la televisión, ya que se acaba de comprar un VCR y se ve una película casi todos los días mientras se toma lentamente su vino. Sus favoritas son las de horror y las de ciencia ficción.

\* Publicado en Quiebre, N. 1. Abril de 1993. Versión en inglés en *The Americas Review*, Vol 19, N. 2, 1991, y en *The Antigonish Review*. Ns 93-94, 1993